

UNA MONARQUÍA DE CIUDADES, IGLESIAS Y SANTOS. GONZÁLEZ DÁVILA Y SALAMANCA EN 1606*

Roberto López Vela

Universidad de Cantabria

Resumen: A finales del siglo XVI y comienzos del siglo XVII la historiografía hispana estaba cambiando los modelos humanistas y elaborando otros contrarreformistas. La historia urbana fue pionera en este proceso. La obra de González Dávila sobre Salamanca fue la más completa (1606). Influido por Cesare Baronio y Ambrosio de Morles creó una corografía e historia eclesiástica que situaba al obispo a su cabeza. Señaló la capacidad de los eclesiásticos para ejercer una intermediación y control sobre los conflictos consustanciales a la ciudad. Incluyó a la ciudad en el cuerpo místico de la Iglesia y mostró los mecanismos a través de los cuales la Iglesia ejercía su potestad indirecta en cuestiones temporales. La santidad conventual y descalza que propuso como modelo, fue de una gran originalidad. Implicaba un constante esfuerzo de renovación espiritual para la ciudad que encarnaba Juan de Sahagún.

Palabras clave: González Dávila – Salamanca – Historia urbana – monarquía – historiografía de la contrarreforma – Santidad.

Summary: In the late sixteenth and early seventeenth centuries, Hispanic historiography was changing humanist models and developing counter-reformist ones. Urban history was a pioneer in this process. González Dávila's work on Salamanca was the most complete (1606). Influenced by Cesare Baronio and Ambrosio de Morles, he created a chorography and ecclesiastical history that placed the bishop at its head. He pointed out the capacity of the ecclesiastics to exercise mediation and control over the conflicts inherent to the city. He included the city in the mystical body of the Church and showed the mechanisms through which the Church exercised its indirect power in temporal matters. The conventual and barefoot holiness that he proposed as a model was of great originality. It implied a constant effort of spiritual renewal for the city embodied by Juan de Sahagún.

Key words: González Dávila – Salamanca – urban history – monarchy – historiography of the Counter-Reformation – Sanctity.

INTRODUCCIÓN

SE ha estudiado las corografías y las historias urbanas castellanas del período moderno como fruto del influjo del humanismo,¹ encuadrándolas en el marco

* Quiero dedicar este trabajo al profesor Baltasar Cuat Moner, buen amigo y gran conocedor de la producción historiográfica del período moderno.

¹ R. Fubini, *Storiografia dell'Umanesimo in Italia. Da Leonardo Bruni ad Annio di Viterbo*, Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 2003; A. Quesada, *La idea de ciudad en la cultura*

de las historias sobre la monarquía de España, ese nuevo sujeto político nacido con los Reyes Católicos que se reconocía así mismo como monarquía de repúblicas urbanas.² Esta es una interpretación muy matizable respecto a la producción del siglo XVI, pero que nada tiene que ver con lo ocurrido en el siglo XVII. Este fue el siglo áureo de publicaciones sobre el pasado urbano y estuvo dominado por la contrarreforma y por el nuevo espacio construido por Baronio para la historia de la Iglesia. Mientras en el XVI los modelos humanistas y aristotélicos fueron mayoritarios en la visión de lo urbano, en el XVII fueron otros los modelos que se siguieron y su planteamiento se formuló entre fines del XVI y comienzos del XVII. Fueron años de cambio y creatividad en la historiografía hispana derivados en gran parte de la asimilación de la contrarreforma.³

En el siglo XVI tuvieron protagonismo las obras dedicadas a grandes ciudades, como Toledo, Sevilla o Valencia, cuya referencia fue el humanismo de corte aristotélico, la Roma imperial y la monarquía de España.⁴ En cambio,

hispana de la Edad Moderna, Barcelona, 1992; R. Kagan, “La corografía urbana en la Castilla Moderna. Género, historia, nación”, *Studia Histórica. Historia Moderna*, 13, (1995), 47-59; P. Sánchez Ferro, *El tiempo mítico y la esencia de la nación en Pedro de Medina*, Tesis doctoral dirigida por P. Fernández Albaladejo. Departamento Historia Moderna, Universidad Autónoma de Madrid 2015 https://repositorio.uam.es/bitstream/handle/10486/672301/sanchez_ferro_pablo.pdf?

² Hace años P. Fernández Albaladejo, realizó un valioso planteamiento sobre el encaje “constitucional” de las ciudades en la monarquía, que ha sido semillero en la revisión de la cuestión, vid. *Fragmentos de Monarquía*, Madrid 1992, particularmente los capítulos del apartado II “Monarquía y Cortes”, pp. 241ss. J. I. Fortea Pérez, *Las Cortes de Castilla y León Bajo los Austrias. Una interpretación*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2008; M. Herrero Sánchez (ed.), *República y republicanismo en la Europa Moderna (siglos XV-XVIII)*, Madrid, F.C.E, 2017; F. Aranda Pérez, “Un reino de repúblicas: comunidades políticas ciudadano-oligárquicas y su representación en la Castilla Moderna”, M. A. Faya Díaz (coord.), *Las ciudades españolas en la Edad Moderna: oligarquías urbanas y gobierno municipal*, Oviedo, KRK, 2014, pp. 23-62.

³ E. Botella Ordinas, *Monarquía de España: discurso teológico. 1590-1685*, Tesis Doctoral dirigida por Julián Viejo Yharrasary, Departamento de Historia Moderna, 2002. B. Cuatrecasas, “La larga marcha de las historias de España en el siglo XVI”, en García Cárcel, Ricardo (coord.), *La construcción de las historias de España*, Madrid, Marcial Pons, 2004; P. Broglio, “Una Spagna pontificia: la Historia pontificia y católica e la politica culturales della monarchia spagnola nell’età della contrariforma”, *Histoires antiromaines II. L’antiromanisme dans l’historiographie ecclésiastique catholique (XVIe-XX siècles). Actes de la journée d’études de Munich*, éd. Fr.-X. Bischof et S. De Franceschi, *Chrétiens et Sociétés, Documents et mémoires*, 23, Lyon, 2014, pp. 39-72; P. Fernández Albaladejo, *Materia de España. Cultura política e identidad en la España moderna*, Madrid, Marcial Pons. 2007; J. M. Iñurrutegui Rodríguez, *La Gracia de la República. El lenguaje político de la teología católica y el Príncipe Cristiano de Pedro Ribadeneyra*, 1998, Madrid; M. Olivari, “Historiografía religiosa y conflicto ideológico en la España de principios del siglo XVII”, en A. Atienza López (ed.), *Iglesia memorable. Crónicas, historias, escritos... A mayor gloria*, Madrid, 2012, pp. 99-116.

⁴ J. I. Fortea Pérez, “Principios de gobierno urbano en la Castilla del siglo XVI”, en E. Martínez Ruiz (coord.), *Madrid. Felipe II y las ciudades de la monarquía*, vol. 1, Madrid, Editorial Actas, 2000, pp. 261-308.

en los primeros años del siglo XVII tuvieron más peso las ciudades medianas de la meseta norte castellana, perdiendo relieve Roma y la monarquía. En su lugar, ganó espacio la Iglesia y la contrarreforma, dando lugar a nuevas corografías y visiones del pasado urbano. Entre ellas destacó de Gil González Dávila (1570-1658), *Historia de las antigüedades de la ciudad de Salamanca. Vida de sus obispos y cosas sucedidas en su tiempo*⁵ (a partir de ahora *Antigüedades*), publicada en 1606. González Dávila utilizó en el título el concepto de *Antigüedades*, haciéndose eco del libro de Ambrosio de Morales, *Las antigüedades de las ciudades de España que van nombradas en la coronica con las averiguaciones de sus sitios y nombres antiguos*, publicada en 1575.⁶

Antigüedades fue una de las obras más originales e innovadoras del reinado de Felipe III y bosquejó una historia de la monarquía de España construida con materiales del pasado eclesiástico, que trataría de preladados, ciudades y santos. Un modelo muy distinto al que poco antes había presentado Juan de Mariana. La perspectiva de González Dávila fue alternativa a los modelos humanistas sobre la ciudad, una propuesta de gran contenido teórico para comprender la historiografía, la monarquía, la ciudad, su religiosidad y los mecanismos de control social. Fue un modelo contrapuesto a los creados por el humanismo en torno a ciudades italianas e integrado en una monarquía católica de ciudades e iglesias. Este trabajo pretende analizar los elementos y las características de esta propuesta.

BARONIO Y LA HISTORIOGRAFÍA ECLESIASTICA HISPANA

El reinado de Felipe III se abrió con el ascenso del duque de Lerma al valimiento y un cambio en el gobierno de la monarquía. Para entonces, la firma de la paz de Vervins con la monarquía francesa en 1598 había relajado las tensiones en Europa.⁷ Desde años antes la Iglesia, tras el Concilio de Trento, había pasado a la ofensiva contra los herejes, relegando en ocasiones las resoluciones conciliares más reformadoras.⁸ En el terreno historiográfico,

⁵ Utilizo la edición facsímil de la obra, con una valiosa “Introducción” histórica a cargo de Cuat Moner, B. Universidad de Salamanca 1994. Para una visión de la historiografía sobre la ciudad, vid. B. Cuat Moner, “Las primeras historias de la ciudad de Salamanca”, en A. Rodríguez (coord.), *Historia de Salamanca. III Historia Moderna*, Salamanca, Centro de Estudios Salmantinos, 1999, pp. 477-544.

⁶ Sigo la edición de 1792.

⁷ Para estado de la cuestión con numerosos trabajos de reconocidos especialistas, vid. J. Martínez Millán, M. A. Visceglia, *La monarquía de Felipe III*, 4 vols., Madrid, Fundación MAPFRE, Instituto de Cultura, 2008.

⁸ M. Firpo, *Riforma cattolica e concilio di Trento. Storia o mito storiografico?*, Roma, Viella, 2022; E. Bonra, “Il ritorno della Controriforma (e la virgine del rosario di Guápulo)”,

la Santa Sede había conseguido frenar la ofensiva que los luteranos habían lanzado con las *Centurias de Megdeburgo* criticando al antipapa de Roma. Los *Annales Ecclesiastici* del cardenal Baronio estaban construyendo una historia de la Iglesia que reforzaba la idea de su continuidad desde S. Pedro hasta el presente y su triunfo frente a las herejías.⁹

Entre 1588 y 1607 Baronio publicó sus doce volúmenes de *Annales* abarcando desde la Iglesia primitiva hasta el pontificado de Inocencio III a finales del siglo XII. Su utilización de la filología para el análisis de fuentes de gran calidad, le permitió escribir una historia con rigor, abundante información y adecuada a las necesidades de la contrarreforma.¹⁰ *Annales* clarificó los pasos de la Iglesia para definir la potestad del papa y otros aspectos que afectaban a su doctrina y regulación disciplinar.¹¹ De gran relevancia fue también su *Martirologio Romano*, en el que intentó poner orden en ese universo de santos tan criticado por humanistas y luteranos.¹² La obra de Baronio y la del cardenal Bellarmino constituyeron en estos años un punto de referencia historiográfico y doctrinal para el catolicismo. Incluso, en los ámbitos intelectuales reformados hubo conciencia de la importancia de *Annales* y la posibilidad que daba al catolicismo de pasar a la contraofensiva.¹³

Durante un tiempo Felipe II potenció la creación de una comisión histórico-teológica en Alcalá para tratar la respuesta a las *Centurias*, pero no mantuvo esos intereses.¹⁴ El reinado de Felipe III se inició con una relativa relajación de las tensiones confesionales.¹⁵ Para entonces los historiadores de Castilla partían de la catolicidad de los españoles, porque desde la predicación del evangelio habían permanecido fieles al catolicismo, sin afectarles

Studi sorici, 57 (2017), pp. 267-295; F. Palomo, «Hispania Catholica. Balance y perspectivas para el estudio de la historia religiosa de España y Portugal en la época confesional», en Serrano, Eliseo, Cortés Peña, Antonio Luis y Betrán, José Luis (Coords.), *Discurso religioso y Contrarreforma*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2005, pp. 221-272.

⁹ A. Guazzelli—R. Michetti—F. Scorza Barcellona (ed.), *Cesare Baronio. Tra santità e scrittura storica*, Roma, 2012.

¹⁰ S. Ditchfield, “Baronio storico nel suo tempo”, en A. Guazzelli—R. Michetti—F. Scorza Barcellona (ed.), *Cesare Baronio*, pp. 3-21.

¹¹ S. Zen, *Baronio storico. Contrariforma e crisi del método umanistico*, Napoli, Vivarium, 1994. Sobre su influencia en la historiografía italiana, vid E. Valeri, “Scrivere delle cose d’Italia”. *Storici e storie d’Italia tra umanesimo e controriforma*, Roma, Sapienza Università Editrice, 2020, pp. 203ss.

¹² F. Scorza Barcellona, “Gli Atti dei Martiri negli *Annales Ecclesiastici*”, en A. Guazzelli—R. Michetti—F. Scorza Barcellona (ed.), *Cesare Baronio*, pp. 195-221.

¹³ S. Zen, “Paolo Sarpi, il cardinale Baronio e il calvinista Isaac Casaubon: polemiche storiografiche e interdetto su Venezia”, in Luigi Gulia, *et alii*, *Società, cultura e vita religiosa in età moderna. Studi in onore di Romeo de Maio*, Sora, Centro di Studi Sorani, 2009, 547-609.

¹⁴ J. L. Orella Unzue, *Respuestas católicas*, pp. 347ss.

¹⁵ J. E. Gelabert, “Pecunia, patria, religion. Infieles, herejes y católicos haciendo negocios (siglos XIII-XVII)”, en R. Lánza (ed.), *Los dineros de la Corona. Finanzas y cambio fiscal en la monarquía hispánica (siglos XVI-XVII)*, Granada, Comares, 2023, pp. 296ss.

las invasiones de “bárbaros” y mahometanos. Una visión que proyectaba en el pasado la política contrarreformista de Felipe II, cuyo baluarte era la Inquisición, algo que ya había señalado la historiografía humanista hispana. En 1547 Pedro de Medina había escrito en su *Libro de las grandezas y cosas memorables de España*, “la victoria que vence al mundo es nuestra fe” y en esto España tenía “el Santo Oficio de la Santa Inquisición por el cual son punidos y castigados los que en algo exceden contra la santa fe”.¹⁶ No es extraño que los historiadores españoles no mostrasen interés en responder a los *Centuriadores*. Para ellos lo importante era dar a conocer a través de la historia y la hagiografía, el pasado de la Iglesia, sus personajes y santos. Este fue el trabajo que acometieron con intenciones apologeticas y propagandísticas.

Gracias al cardenal Cesare Baronio, un oratoriano muy ligado a Felipe Neri, el pasado de la Iglesia adquirió una entidad propia, ajena a cualquier poder secular. Gracias a la asistencia de Dios, el pasado de la Iglesia demostraba su carácter imperecedero, capaz de sobrevivir a cualquier herejía. Los *Annales Ecclesiastici* delimitaron un amplio espacio político en torno a la Iglesia, que posibilitó a los autores reescribir la trayectoria de los cuerpos eclesiásticos y algunos seculares vinculándolos al papado. A partir de entonces la monarquía tuvo que compartir el protagonismo con el papado como eje articulador del proceso histórico.

Annales fue el gran modelo de historiografía contrarreformista, pero está por delimitar su influjo real en la península. Se le citó mucho a Baronio, pero los historiadores hispanos se mostraron muy críticos con el cuestionamiento del cardenal sobre la existencia de algunos santos hispanos y con sus afirmaciones sobre los derechos de la monarquía en Sicilia. Además, en los primeros años del siglo XVII se le consideraba partidario del rey francés y contrario a España.¹⁷ Estos recelos tardaron en desaparecer y limitaron su influjo. A ello habría que añadir las dificultades para aplicar su forma de trabajo. En España no eran tantas las bibliotecas que tuviesen los *Annales Ecclesiastici*, ni historiadores con su formación, ni que estuviesen rodeados por los mejores teólogos, biblistas, historiadores y estudiosos de las “antigüe-

¹⁶ *Libro de grandezas y cosas memorables de España*, incluida en *Obras de Pedro de Medina*. Edición y prólogo de Ángel González Palencia, Madrid, CSIC, 1944, p. 73.

¹⁷ O. Rey Castelao, *La historiografía del Voto de Santiago. Recopilación crítica de una polémica histórica*, Santiago 1985, pp. 57ss.; A. Borromeo, “Il Cardinale Cesare Baronio e la corona spagnola”, en R. de Maio—L. Gulia—A. Mazzacone (a cura di), *Baronio storico e la controriforma, Atti del Convegno Internazionale di studi Sora*, Sora, 1982, pp. 56-166; M. Mereluzzi, “Considerazioni su Cesare Baronio e la Spagna, tra controversia politica e recezione erudita”, en A. Guazzelli—R. Michetti—F. Scorza Barcellona (ed.), *Cesare Baronio, tra santità e scrittura storica*, Roma Viella, 2012; K. B. Olds, *Forging the past. Invented Histories in Counter-Reformation Spain*, Yale University, 2015, pp. 170ss; “The ‘falsed chronicles’, Cardinal Baronio, and Sacred History in Counter Reformation Spain”, *Catholic Historical Review*, 100, 2014, pp. 1-26.

dades”, como lo había estado el cardenal.¹⁸ En Roma, además del apoyo papal, dispuso de los archivos y bibliotecas de la ciudad. En España no había bibliotecas, ni archivos equiparables. Además, en torno a la corte romana se reunían eclesiásticos de las más diversas procedencias, preocupados y al tanto de lo que se hacía en otros territorios.¹⁹ Es normal que las obras de mayor preocupación ecuménica surgiesen en este ámbito. Fueron muchas las variables que condicionaron a los historiadores hispanos el concretar la metodología y las exigencias de Baronio. La historiografía eclesiástica española se movió en otra dimensión, pero aprovechó el camino abierto por el cardenal para tratar el pasado de las órdenes religiosas, las instituciones eclesiásticas e, incluso, abordar la historia de España y sus ciudades.

Mientras en Roma iban apareciendo los tomos de los *Annales* baronianos, distintos religiosos e historiadores hispanos comenzaron a publicar crónicas e historias citando esta obra. Merecen destacarse la *Historia general de Santo Domingo y su Orden* de Hernando del Castillo,²⁰ la de Francisco Diago y su *Historia de la Provincia de Aragón de la Orden de Predicadores*.²¹ Mayor reconocimiento alcanzaron las obras de Fray Prudencio de Sandoval, *Fundaciones de los monasterios de San Benito en España*,²² la de José Sigüenza *Historia de la Orden de San Jerónimo*²³ y la de Antonio de Yepes *Crónica General de la Orden de San Benito*.²⁴ Fueron obras que recogían las noticias y antigüedades de sus órdenes, contando sus servicios a la cristianidad, las conversiones que habían realizado, los apoyos de papas y reyes y sus muchos santos, destacando las hagiografías de sus fundadores. Sin una perspectiva general de la Iglesia, cada autor señaló las realizaciones de su “escuela” y su orden.²⁵

En paralelo a la edición de estas obras, la Iglesia hispana lanzó una verdadera ofensiva para arrebatar a los humanistas su protagonismo en la historia urbana. No fue casual que este cambio se expresase en los últimos años del reinado de Felipe II en historias de ciudades medianas de la meseta castellana.²⁶ La peste y hambrunas que las asolaron entre finales del siglo XVI y

¹⁸ S. Zen, “Cesare Baronio e i suoi libri”, en *I libri di Cesare Baronio in Vallicelliana*, G. Finocchiaro (ed.), Roma, Biblioteca Vallicelliana, 2008, pp. 11-50.

¹⁹ Giulia, L. (a cura di), *Baronio e le sue fonti*. Sora, Centro di Studi Sorani, 2009.

²⁰ Madrid 1584-Valladolid 1592.

²¹ Barcelona 1599.

²² Madrid 1601.

²³ Madrid 1595-1605.

²⁴ Irache 1607-1610.

²⁵ Sobre la producción historiográfica en torno a las órdenes religiosas, vid. A. Atienza López (ed.), *Iglesia memorable. Crónicas, historias, escritos... A Mayor Gloria. Siglos XVI-XVIII*, Madrid, Sillex, 2012.

²⁶ O. Rey Castelao, “Las ciudades sin historia o la cronística pobre del noroeste castellano, 1580-1650”, en Truchuelo García, S.—López Vela, R.—Torres Arce, M., *Civitas: expresiones de la ciudad en la Edad Moderna*, Santander, Editorial Universidad de Cantabria, 2015, pp. 53-72.

comienzos de la siguiente centuria tuvieron especial repercusión en ellas,²⁷ lo cual se percibió en las visiones de estos autores y su conciencia de escribir sobre un pasado urbano más brillante que su presente. Tratar su historia fue una forma de reivindicar la importancia de la ciudad, siendo en ocasiones los primeros en escribir su pasado. Por supuesto, Toledo fue una excepción en este conjunto, porque partía de una sólida tradición humanista.

Seguramente, a finales del siglo XVI y gracias a la obra de Alcocer, Toledo era la ciudad del reino que tenía una visión de su pasado más compartida entre sus élites.²⁸ En 1587 se había editado en Sevilla una historia sobre la ciudad también de clara impronta humanista.²⁹ En 1605, Francisco Pisa publicó *Descripción de la imperial ciudad de Toledo*. Según su propia confesión, trabajó en ella muchos años y la concluyó en 1600. Recogió la visión de Alcocer de la ciudad como república urbana, pero la reformuló colocando a sus arzobispos en el centro.³⁰ El influjo de Baronio fue evidente y la visión de Pisa tuvo inequívocos tintes contrarreformistas, criticando abiertamente los

²⁷ V. Pérez Moreda, “La población urbana española entre los siglos XVI y XVIII. Una perspectiva demográfica”, en J. I. Fortea Pérez, *Imágenes de la diversidad. El mundo urbano en la Corona de Castilla (XVI-XVIII)*, Santander, 1997, pp. 129-164; F. Aranda Pérez, “Castilla entre los Felipes: un mundo urbano en la encrucijada”, en J. Martínez Millán—M. A. Visceglia, *La monarquía de Felipe III: los reinos*, vol. IV, Madrid, Fundación MAPFRE, Instituto de Cultura, 2008, pp. 127-171.

²⁸ P. Alcocer, *Historia o descripción de la Imperial ciudad de Toledo con todas las cosas acontecidas en ella desde su principio y fundación, donde se tocan y refieren muchas antigüedades y cosas notables de la Historia general de España*, Toledo, Juan Ferrer, 1554; F. Martínez Gil, “Historia y cohesión urbana. La escuela historiográfica toledana del Siglo de Oro”, *Ensayos humanísticos. Homenaje a Luis Lorente Toledo*, Toledo 1997; “De civitas Regia a Civitas dei. El imaginario histórico del Toledo en los siglos XVI y XVII”, en Vizuete Mendoza, J. C.—Martín Sánchez (coord.), *Sacra loca Toletana. Los espacios sagrados en Toledo*, Cuenca, 2008, pp. 319-367; *La invención de Toledo. Imágenes históricas de una identidad urbana*, Toledo 2007; R. López Vela, “Historiografía y ciudad. El debate sobre Toledo en el humanismo y la época confesional”, en *Ibidem* (ed.), *Ciudades, gentes e intercambios en la monarquía hispánica en la Edad Moderna*, Santander, 2019, Ediciones Universidad de Cantabria, 133-194; F. Aranda Pérez, *La construcción de un mito urbano: Toledo en la época del Quijote*, Toledo, 2006; “Autoridad y poder ciudadano en el mundo hispano altomoderno. La confrontación historiográfico toledana-hispalense”, *Revista de Historiografía*, 16 (2012), 164-178; “Autobiografías ciudadanas. Historias, mitomanía y falsificaciones en el mundo urbano hispánico de la Edad Moderna”, en García Fernández, Ernesto (ed.), *El poder en Europa, tópicos y realidades*, Bilbao, 2001, pp. 141-168; “El Greco ‘famoso pintor’ y los intelectuales cristianopolitanos de Toledo (A propósito de sus retratos de letrados)”, *Tiempos Modernos*, 37 (2018), 187-220.

²⁹ *Historia de Sevilla en la qual se contiene sus antigüedades, grandezas y cosas memorables en ella acontecidas desde su fundación hasta nuestros tiempos*, Sevilla, Imprenta de Andrea Pescioni y Juan Lorenzo, 1587.

³⁰ *Descripción de la imperial ciudad de Toledo y historia de sus antigüedades y grandezas y cosas memorables que en ella ha acontecido, de los Reyes que la han señoreado y gobernado en sucesión de tiempos y de los Arçobispos de Toledo, principalmente de los más celebrados. Primera parte*, Toledo, Por Pedro Rodríguez, 1605.

rasgos más humanistas expuestos por Alcocer. A comienzos del siglo XVII Baltasar Porreño también escribió una obra sobre los arzobispos de Toledo, profundizando en los aspectos más contrarreformistas apuntados por Pisa.³¹

En la obra de Pisa, Toledo se definía por ser la segunda sede del catolicismo y sus arzobispos, primados de las Españas, los prelados más importantes tras los pontífices. Junto a ello habló de los méritos acumulados por los santos de la ciudad.³² Toledo era, por tanto, una ciudad distinguida por su subordinación a los presupuestos de la Iglesia tridentina, cuya cabeza era el sumo pontífice y su arzobispo en la ciudad. Su pasado, que los historiadores hasta entonces habían vinculado a la monarquía, quedaba ahora igualmente enlazado con el papado y la Iglesia universal. Igual que los prelados habían tenido una relación especial con los reyes, también la habían tenido con los papas.

Formalmente, Pisa siguió manteniendo la tradición gótica y hablando de Toledo como cabeza temporal y espiritual de España, pero era evidente que esa tradición se estaba rompiendo en favor de la Iglesia y lo espiritual.³³ En ello tuvo que ver la instalación de la corte en Madrid en 1561. En el contexto de la gran crisis que se dio en Toledo en esos años, el abrumador peso del primado y su “Iglesia” acabó fagocitando las visiones de la ciudad y su pasado, dando lugar a invenciones como la de Jerónimo Román de la Higuera, una verdadera fabulación que convertía a Toledo en una sede de la cristiandad tan antigua como Roma y tan mítica como Jerusalén. Una fabulación llena de elemento hagiográficos, que tuvo gran repercusión en el mundo urbano castellano y contribuyó a enterrar el influjo del modelo aristotélico y humanista de república urbana que Alcocer había construido en torno a Toledo.³⁴

GONZÁLEZ DÁVILA, LA HISTORIA DE LA MONARQUÍA Y LAS CIUDADES CASTELLANAS

Sin la tradición humanista de Toledo, las ciudades de la meseta norte castellana siguieron otro derrotero, citando igualmente a Baronio. En 1596, Atanasio Lobera, benedictino cisterciense, publicó *Historia de las grandezas de la muy antigüa e insigne ciudad y Iglesia de León, y de su obispado, patrón Sant Froylán, con la del glorioso San Atiliano Obispo de Çamora*.

³¹ R. López Vela, “El cardenal Silíceo, la catolicidad hispana y la historiografía del siglo XVII”, en G. Ancona, D. Visentin (a cura di) *Religione, scritture e storiografia*, Montereale Valcellina, 2013, pp. 111-174.

³² F. Martínez Gil, “De *civitas Regia* a *Civitas dei*. El imaginario histórico del Toledo”.

³³ R. López Vela, “Historiografía y ciudad”.

³⁴ K. B. Olds, *Forging*; R. López Vela, “Cuando la historia urbana”.

Como señalaba su título, la obra giraba en torno a santos y obispos, no a la ciudad. Este libro tuvo una gran influencia en los años posteriores sobre la producción de las ciudades de la meseta y sus autores citaron este libro, algunos para criticarlo, como González Dávila, los demás elogiándolo. En 1606 este autor publicó las *Antigüedades* de Salamanca y al año siguiente vio la luz la *Historia de las grandezas de la ciudad de Ávila* de Luis Ariz, concediendo protagonismo a los prelados de la ciudad, aunque focalizó la obra en los linajes urbanos, sus grandes hazañas y sus servicios a la monarquía. En 1610 Fray Lorenzo Calvete editó su historia *Historia de la vida del glorioso S. Frutos, patrón de la ciudad de Segovia*, con un planteamiento más semejante al de Lobera. En 1611, Fray Prudencio de Sandoval editó *Antigüedad de la ciudad de iglesia cathedral de Tuy, y de los obispos que se save aya avido en ella*. A pesar de hablar de una ciudad situada en el reino de Galicia y en la raya de Portugal, se movió en parámetros semejantes a los marcados por Lobera y Calvete.

Los autores que escribieron sobre estas ciudades plantearon las cosas sin atender ni citar las pautas de Alcocer, Morgado y Pisa. No partieron de modelos preexistentes, lo cual les forzó a buscar nuevas fórmulas. Generalmente, fueron eclesiásticos empeñados en colocar en el centro de las ciudades a reyes, papas, prelados y santos, dando como resultado visiones con un fuerte peso hagiográfico y a veces antihumanista.³⁵ Las nuevas pautas para entender el pasado de las ciudades en el siglo XVII, surgieron precisamente de estos autores y estos libros, no de las pautas aristotélicas, poco después renovadas por Pérez Mesa,³⁶ ni de influjos italianos, como había ocurrido en la centuria anterior. La excepción fue González Dávila, un autor formado en Italia y buen conocedor de su historiografía y de la española.

Cuando González Dávila comenzó a recoger material para escribir *Antigüedades* a principios del siglo XVII, el autor ya era conocido en Salamanca. Desde 1596 era uno de los diputados del claustro que dirigía su universidad, algo que ayuda a entender el conocimiento y el cuidadoso tratamiento que hizo de ella en *Antigüedades*. Había nacido en 1570 en un conocido linaje de Ávila. Siendo muy joven había pasado a Roma en el séquito del cardenal Pedro de Deza y Guzmán, un influyente miembro de la curia pontificia que tuvo importantes responsabilidades en la Congregación del Santo Oficio.³⁷ Allí residió González Dávila en la década de 1580, adquiriendo una

³⁵ R. López Vela, “Cuando la historia urbana se hizo hagiografía. Las fabulaciones sobre Toledo de Román de la Higuera y Salazar de Mendoza (1594-1625)”, en R. Lanza García, R. López Vela, *Ciudades Corona. Fiscalidad, representación y gobierno en la Monarquía hispánica en la Edad Moderna*, Santander, Ediciones U. de Cantabria, 2023, pp. 265-304.

³⁶ *Política o razón de Estado*. Sigo la edición crítica de L. Pereña—C. Baciero, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1980.

³⁷ M. Barrios Aguilera, “Pedro de Deza y Guzmán”, *Diccionario Biográfico Español*, <https://www.google.es/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=&ved=2ahUKEwjf4JPb>

sólida formación clásica, combinada con la lectura de la nueva historiografía italiana.³⁸ Según su testimonio, en aquellos años recorrió gran parte de Italia, conoció a sus personajes más distinguidos y visitó Francia.³⁹ En 1592 consiguió una ración en la catedral de Salamanca, cuyo archivo reorganizó. Aquí estuvo hasta ser nombrado cronista de Felipe III en 1616 y desde entonces intensificó sus publicaciones historiográficas.

González Dávila se había formado en Roma cuando las grandes obras históricas de los autores humanistas seguían siendo fundamentales y Baronio publicaba sus *Annales Ecclesiastici*. No obstante, pertenecía a una generación distinta de la de este y no tuvo contacto con el cardenal. Mientras estuvo en aquella ciudad, González Dávila pudo leer a Panvino y otros autores de la segunda mitad del siglo XVI y, por supuesto, conoció las elaboraciones de Baronio contra las *Centurias de Magdeburgo* luteranas,⁴⁰ su *Martyrologium Romanum*⁴¹ y lo que en él señaló restando credibilidad algunos santos hispanos, junto a las respuestas de los historiadores peninsulares.⁴² Tras su regreso a Salamanca, González Dávila siguió al tanto de lo que se publicaba en Italia a través estudiantes de estos territorios, particularmente de Girolamo da Sommaia. También recurrió a las bibliotecas de la ciudad para consultar las obras de Panvino, Apiano, Valeriano y otros autores.⁴³ Es cierto que González Dávila prestó la mayor atención a la universidad de Salamanca, pero él se había forjado intelectualmente fuera de sus aulas y sus perspectivas tuvieron más que ver con sus lecturas romanas, que con el to mismo salmantino.

González Dávila en *Antigüedades* señaló que en el siglo XVI muchos obispos de Salamanca habían sido inquisidores, que los prelados habían pedido la intervención del Santo Oficio cuando detectaban herejes y algunos, como

9M_tAhWNfMAKHeNqC34QFjABegQIBRAC&url=http%3A%2F%2Fdb.e-rah.es%2Fbiografias%2F29224%2Fpedro-de-deza-y-guzman&usg=AOvVaw0xOqqAkjhh_2n6yxrPuxtO.

³⁸ A. Millares Carlo, *Tres estudios biográficos, I. Juan López de Palacios Rubios, II. Antonio de León Pinelo y su Epítome, III. El cronista Gil González Dávila y sus obras, Maracaibo*, Universidad de Zulia 1961, pp. 115-192, M. de la Mano González, “Gil González Dávila y la historia local”, *Boletín Millares Carlo*, 13 (1994), 279-296.

³⁹ V. Beltrán de Heredia, Vicente, *Cartulario de la Universidad de Salamanca: la Universidad en el siglo de Oro*, vol. 3, Universidad de Salamanca 1971, p. 621.

⁴⁰ J. L. Orella Unzué, *Respuestas católicas a las centurias de Magdeburgo (1559-1588)*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1976.

⁴¹ G. A. Guazzelli, “Baronio attraverso il *Martyrologium Romanum*”, en Baronio e le sue fonti; AA. Guazzelli—R. Michetti—F. Scorza Barcellona (ed.), *Cesare Baronio. Tra santità e scrittura storica*, Roma, 2012, pp. 111ss.

⁴² A. Borromeo, “Il Cardinale Cesare Baronio”; M. Mereluzzi, “Considerazioni su Cesare Baronio e la Spagna”.

⁴³ B. Cuat Moner, “Las primeras historias”, p. 492; M. De la Mano González—O. Lilao Franca, “La Biblioteca Universitaria de Salamanca en el siglo XVI. Entre la tradición y la renovación”, *Studia Histórica. Historia Moderna*, 21 (1999), pp. 219-240.

Pedro de Castro, habían convertido a muchos herejes en Inglaterra.⁴⁴ Sin embargo, no dio noticia sobre el luteranismo castellano y habló poco de las “sectas” judía y mahometana, aunque por estas fechas se estaba discutiendo la expulsión morisca. Como el resto de los historiadores hispanos, González Dávila reflejó el triunfo de la Iglesia, silenciando los debates con “sectas” y “herejes”, algo que le alejó de la empresa de Baronio. Compartió con el cardenal la preocupación y el método para escribir la historia de la Iglesia, pero los problemas y períodos que le interesaron fueron otros.

Baronio trabajó el primer milenio del cristianismo y González Dávila se centró en el período posterior a la fundación de la universidad de Salamanca a mediados del siglo XIII. El eje de la obra del primero giró en torno a cuestiones centrales del papado y la Iglesia universal. En cambio, el segundo se centró en la historia de los últimos cuatro siglos en una diócesis apartada de Roma, que también tenía una dimensión universal por su universidad. Es cierto que en *Antigüedades* hubo una propuesta para escribir una historia más general, pero su objetivo no fue el papado, sino la monarquía, las “iglesias” de España y las ciudades que eran sede episcopal. Por razones evidentes, González Dávila citó poco la obra de Baronio y prestó la mayor atención a las obras publicadas en el último siglo sobre la historia de España.

Hace algunos años B. Cuart explicó el propósito de González Dávila al escribir *Antigüedades* como un medio para conseguir un nombramiento real en la Corte,⁴⁵ cosa que logró en 1616. Seguramente, González Dávila fue el mejor y más prolífico historiador de la Iglesia del siglo XVII, siendo recordado por sus sucesivos *Teatros* eclesiásticos, una de las propuestas historiográficas más ambiciosas del siglo XVII.⁴⁶ Su producción, no obstante, abarcó más temas y fue constante hasta poco antes de su fallecimiento en 1658.⁴⁷

En *Antigüedades* González Dávila hizo una dedicatoria al rey presentándole un plan ambicioso para escribir una novedosa historia de España. Su libro sobre Salamanca sería el prototipo de un proyecto que otros historiadores continuarían con las historias del resto de sedes episcopales y sus ciudades, hasta concluir los obispos de España. Su objetivo con *Antigüedades* era

⁴⁴ *Historia de las antigüedades*, pp. 513, 516, 486.

⁴⁵ B. Cuart Moner, “Introducción”, p. 19.

⁴⁶ C. Pacero Torre, “Gil González Dávila”, *Diccionario Biográfico Español*, https://www.google.es/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=&ved=2ahUKEwjUoYCW8_tAhURdBQKHeRtC6kQFjACegQIAxAC&url=http%3A%2F%2Fdb.rah.es%2Fbiografias%2F32504%2Fgil-gonzalez-davila&usq=AOvVaw2gL_YIbpvrsSRuS-Pc8KfA

⁴⁷ A. Millares Carlo, *Tres estudios biográficos, I. Juan López de Palacios Rubios, II. Antonio de León Pinelo y su Epítome, III El cronista Gil González Dávila y sus obras*, Maracaibo, Universidad de Zulia, 1961, 115-192.

escribir las vidas de los prelados de la ciudad de Salamanca y las cosas sucedidas en el tiempo que han tenido gobierno espiritual de esta ciudad”, con “las grandezas eclesiásticas de la Iglesia y ciudad de Salamanca, y cosas más memorables sucedidas en ella desde que sus fundadores la dieron edificios”, dando “luz con la pluma a lo que el tiempo tenía puesto en olvido”: motivo para que las demás iglesias y ciudades acometiesen semejante empresa.

Desde hacía más de mil años, según el historiador abulense, Salamanca contaba con sede episcopal y prelados que habían sido muy estimados por el rey y el papa. Su actividad había dado lugar a una “variedad de sucessos, merecedores de vivir en memoria de que nuestros pastores fueron autores y causa, cuyas vidas son exemplos y espejos”.⁴⁸ *Antigüedades* serviría de modelo para que otros historiadores escribiesen sobre los obispos de las otras sedes del reino, junto a lo más notable de sus iglesias y ciudades. Los hechos heroicos serían de naturaleza espiritual, obra de prelados y santos. Evidentemente, aplicar este ambicioso programa exigía el patrocinio y la colaboración del rey y sería “en mayor exaltación de nuestra religión y Iglesia, en gloria de V.M. y buena ventura de sus vasallos”.

Esta propuesta de historia agregativa de España tendría como eje la historia de los prelados de cada diócesis y las ciudades donde residían, nada tenía que ver con la *Historia General de España* de Mariana, publicada en castellano en 1602.⁴⁹ En cambio, tenía más relación con la obra de Pisa, aunque a diferencia de este, González Dávila prestó escasa atención a la sucesión de reyes y no hizo digresiones sobre sus conquistas, ni campañas militares. Lo “político” y lo secular, tuvieron poco relieve en *Antigüedades*. De hecho, no organizó cronológicamente la obra en torno a la sucesión de reyes, como era habitual. Tampoco pretendió educar a los príncipes para gobernar el reino, solamente enseñarles respeto a las facultades de los prelados y los eclesiásticos. Su objetivo fue dar pautas a estos últimos sobre el gobierno de sus iglesias.

HISTORIAS Y DOCUMENTACIÓN: UNA NUEVA METODOLOGÍA DE TRABAJO

González Dávila se educó en la tradición historiográfica grecorromana y humanista, pero se consideró parte de una generación que no se contentaba con los referentes de la Antigüedad y se planteaba otros problemas y metodología. Por ello, las historias anteriores de la Iglesia, que citó poco, no le proporcionaban información sobre Salamanca y construyó una nueva perspectiva de trabajo, incluyendo una reflexión sobre la historia y la histo-

⁴⁸ G. González Dávila, *Historia de las antigüedades*, p. 3.

⁴⁹ J. de Mariana, *Historia General de España*, Madrid, Imprenta Librería de Gaspar y Roig Editores, 1852; E. García Hernán, “Construcción de las historias de España en los siglos XVII y XVIII”, R. García Cárcel (coord.), *La construcción de las historias de España*, Madrid, 2004.

riografía. González Dávila reconoció la influencia en su formación de Tito Livio, Salustio, Tácito Plutarco, Polibio, Tolomeo y Cesar, si bien se consideró más teólogo y seguidor de los *studia humanitatis*, que historiador.⁵⁰ A diferencia de los humanistas, no aludió constantemente a estos autores, ni intentó basar sus narraciones en conjeturas a partir de sus textos.

Animado por el mismo espíritu de Baronio, González Dávila encontró nuevas fuentes de información en bibliotecas, en documentos de archivos y en la tradición oral para lo relativo a los “santos” recientes. Era necesario adentrarse en un terreno nuevo, que Lobera había comenzado a desbrozar siguiendo a Ambrosio de Morales. Este fue autor del que González Dávila dijo sentirse más próximo y hacia el que mostró mayor respeto. Su información le mereció confianza, aunque le discutió algunas aseveraciones que entraban en contradicción con su información. También citó a los Padres de la Iglesia, a Joan Margarit, Nebrija, Antonio de Guevara, Garibay, Prudencio de Sandoval, Marina y Salazar de Mendoza, entre otros. Igualmente aprovechó la *Historia de la Universidad de Salamanca* de Pedro Chacón, concluida en 1570, que circuló en versiones manuscritas.⁵¹

La historiografía ha señalado la escasa elegancia estilística de González Dávila.⁵² Efectivamente, no utilizó una prosa humanista, su escritura fue precisa, sobria y clara. Para él “la historia es un cuento de cosas verdaderas y ciertas, las que no están llanas y asentadas por tales, no ay para que contarlas”.⁵³ Trató las cosas con rigor y sin artificios, dando cuenta de lo que decían otros autores y de lo que él añadía al conocimiento, proporcionando referencias de donde extraía la información. Fue una posición bastante semejante a la que mantenía Pisa.⁵⁴ Entroncaba con el debate que se estaba dando en aquellos años en Europa sobre la naturaleza de la historia como materia ligada a la retórica, según los humanistas, o bien ajena a ella y comprometida con la verdad, proporcionando al lector información para que extrajese sus propias valoraciones.⁵⁵ Una opción que en España teorizó Jerónimo de San José.⁵⁶

⁵⁰ B. Cuart Moner, “Las primeras historias de la ciudad de Salamanca”, pp. 474-478.

⁵¹ A. Carabias Torres, “Presentación de la Historia de la Universidad de Salamanca”, Ediciones Universidad Salamanca, Salamanca, 1990, pp. 31ss.

⁵² B. Cuart Moner, “Introducción”, p. 33.

⁵³ *Historia de las antigüedades*, p. 46.

⁵⁴ R. López Vela, “Historiografía y ‘Príncipes’ de la Iglesia. Porreño y la Historia de los Arzobispos de Toledo”, en J. Martínez Millán—M. Rivero Rodríguez, *Centros de poder italianos en la Monarquía Hispánica (siglos xv-xviii)*, vol. II, Madrid, Polifemo, 2010, p. 1434.

⁵⁵ B. Guion, “Comment écrire l’histoire: l’ars historica à l’âge classique”, *XVIIe siècle*, 246 (1), 9-25.

⁵⁶ M^a. T. Amado, “El pensamiento historiográfico español bajo los Austrias”. *Rivista di Storia della Storiografia Moderna*, 1-2 (1994), 59-93; C. Esteve Maestre, “Una historia desnuda. Subjetividad, autoría y discurso histórico en la temprana modernidad”, *Philologia Hispalensis* 33/2 (2019), pp. 17-30.

En la comprensión de la historia, González Dávila partió de parámetros clásicos,⁵⁷ considerándola conveniente “para el buen gobierno” y acrecentamiento de las repúblicas, ya que era una “breve y compendiosa sabiduría de muchos a quien los más sabios del mundo dieron título de maestra de la vida humana, fuente de la prudencia, luz del tiempo y madre de la verdad”.⁵⁸ Desde el pasado remoto los hombres habían querido dejar constancia de sus hechos. Los antiguos sobre lápidas e inscripciones en piedra, pero ahora la historia era muy superior porque podía retratar “el aparato de las cosas humanas”. En ella se aprendía sobre la grandeza de los hombres, así como de sus desdichas y caídas. Al igual que Zurita o Herrera de Tordesilla, González Dávila tuvo una aguda percepción de los hechos políticos, pero a diferencia de ellos, no se valió de su condición de cronista real para aconsejar al príncipe o ser su ministro.⁵⁹ Como depositarios del conocimiento del pasado, cuando los historiadores actuaban como “notarios” del presente, se convertían en su conciencia. Debían formular diagnósticos y “llorar” cuando los errores de la Iglesia o el rey eran evidentes, sin mezclar el oficio de historiador y político. Esta también fue la actitud mayoritaria entre quienes escribieron sobre cosas de la ciudad y la Iglesia en el siglo XVII.

González Dávila explicó que no había extraído su método de los autores clásicos o los humanistas, sino de historiadores eclesiásticos recientes, citando a Panvino y Morales. La tarea del historiador era semejante a la del notario mayor de Andalucía, que daba cuenta de “las prosperidades y adversidades” de la Iglesia primitiva. Los papas les habían nombrado para dejar constancia de los mártires y era el notario mayor quien resumía este material “con brevedad en estilo histórico”.⁶⁰ Antes, las historias eclesiásticas las habían redactado prelados de gran autoridad, pero ahora el oficio se había devaluado y lo hacían personas como él que procuraban informarse con exactitud. La fiabilidad ya no estaba en la autoridad de quien escribía, sino en su rigor, en el buen manejo de los archivos y la historiografía. Por eso su trabajo era semejante al de los cronistas y tenía ciertas similitudes con el quehacer del archivero.⁶¹ Unas afirmaciones que seguramente no hubiesen compartido los historiadores humanistas y estaban más próximas al quehacer de Baronio, Panvino y Morales.⁶²

⁵⁷ P. Burke, *El sentido del pasado en el Renacimiento*, Madrid, Akal, 2016.

⁵⁸ *Historia de las antigüedades*, pp. 1 y 3.

⁵⁹ R. Kagan, “El cronista oficial ¿Historiador o consejero? El caso ejemplar de Herrera de Tordesillas”, *Jerónimo Zurita*, 88 (2013), p. 134.

⁶⁰ *Historia de las antigüedades*, pp. 270-271.

⁶¹ B. Cuat Moner, “Historiografía áulica en la primera mitad del siglo XVI: los cronistas del emperador”, en J. A. González Iglesias—C. Codoñer Merino (ed.), *Antonio de Nebrija, Edad Media y Renacimiento*, Salamanca, 1994, pp. 39-58; “Escribir libros de historia. Algunas reflexiones sobre juristas historiadores durante el siglo XVI” en S. De Dios de Dios—I. Miguel-Motta—C. Torijano Pérez (coord.), *Juristas de Salamanca: siglos XV-XX*, Salamanca, 2009, pp. 81-110.

⁶² S. Zen, *Baronio Storico*, pp. 69ss.

Mientras para Lobera, los hechos se habían sucedido en un espacio temporal dominado por las hagiografías, para González Dávila el tiempo y el cambio eran la esencia de la historia. Además, mientras aquel había basado su cronología en la sucesión de los reyes de Castilla, González Dávila la estableció a través de la sucesión de obispos. ¿Cómo afrontar períodos o sucesos sobre los que no había fuentes? “Sin perjudicar las leyes de la historia, dijo, me es lícito (que sí es) conjeturar en esta parte”. Nada se sabía, por ejemplo, sobre la predicación de cristianismo en Salamanca y él conjeturó que lo había hecho San Segundo, “patrón de mi ciudad de Ávila”,⁶³ o bien alguno de sus discípulos. Era habitual que en estos casos el historiador mostrase las fidelidades a su “patria” o Iglesia, pero él reconoció la fragilidad del argumento,

con esta pobreza se camina en esta parte y con caudal tan lleno de no seguras conjeturas. La disculpa no puede ser otra, sino el no aver hallado en las historias, (que son las estrellas que nos guían), más claridad ni razón.⁶⁴

Pocos pasajes como este, muestran el rigor con que diferenció la información segura, de la conjetura. Las dudas que le inspiraba la ausencia de información, le sirvieron para justificar su escaso tratamiento de épocas lejanas en el tiempo, como lo relativo al origen y la conversión de la ciudad al cristianismo, que solo se podía explicar por conjeturas.

Cuando González Dávila escribió *Antigüedades*, llevaba años manejando documentación, algo habitual entre los historiadores de su generación, pero él se distinguió por buscar más documentos, de mayor calidad y utilizarlos con más rigor. No sin cierta razón, señaló una particularidad de Salamanca: desde hacía siglos era “la ciudad del mundo” con más colegios, conventos e instituciones académicas. A sus grandes bibliotecas, había que añadir las donaciones de obispos, catedráticos, teólogos y todo tipo de personas de letras que habían dejado sus papeles en esa “corte de letras”.⁶⁵ En este punto, su descripción tuvo ciertas dosis de idealización, porque con el descuido y mal funcionamiento de la biblioteca de la universidad, se habían perdido muchos manuscritos y libros, dejándose de adquirir obras importantes en el último siglo.⁶⁶ Con todo, los fondos que se podían manejar en Salamanca eran superiores a los de muchas ciudades.

La cronología de *Antigüedades* se articuló sobre la sucesión de obispos, dando importancia al momento en que tomaron posesión y fecha de muerte.

⁶³ *Historia de las antigüedades*, p. 40.

⁶⁴ *Ibidem*, pp. 40-41.

⁶⁵ *Ibidem*, p. 367.

⁶⁶ J. L. Rodríguez San Pedro Bezares, *La Universidad del Barroco, período 1598-1625*, 3 vols. Ediciones Universidad de Salamanca 1986, en concreto vol. II, 627-671; M. de la Mano González—O. Lilao Francia, “Entre tradición y renovación”, *Studia Histórica. Historia Moderna*, 21 (1999), 219-240.

En algunos casos González Dávila levantó sepulcros para saber a quién pertenecían y obtener información.⁶⁷ También estuvo atento a las fechas de creación de cada colegio, convento y hospital, aportando noticias de ellos.⁶⁸ Con la misma precisión dio cuenta de las edificaciones más importantes, sus modificaciones, así como de los estatutos de cada colegio y sus reformas. Un esfuerzo que le obligó a buscar papeles “perdidos”, corregir muchas fechas y dar otros detalles. A estas correcciones dedicó largas digresiones, discutiendo algunas afirmaciones de Lobera y otros autores.⁶⁹ Salvo en materias de santidad y tradición cristiana, a González Dávila no le interesaron los testimonios orales de tiempos lejanos. Sin embargo, al tratar el siglo XVI actuó como cronista y recogió testimonios de quienes habían tenido contacto con prelados u otros personajes relevantes. Desde la década de 1590 los conoció directamente y eso le permitió incluir descripciones físicas y otros detalles.

¿El historiador eclesiástico debía contar la verdad, aunque fuese en perjuicio de la Iglesia? Por “fidelidad del rigor histórico”, González Dávila se sintió obligado a dar noticia, pero eligiendo la versión más piadosa y “encubriendo lo que demás dizen otros escritores, pues como hijo y oveja que soy deste prelado, me toca no dexar correr la pluma a que diga lo que alcança y se sabe”.⁷⁰ Por eso, refirió escuetamente a actuaciones inmorales de algunos obispos, cuyo comportamiento había acarreado castigos y males a la ciudad.⁷¹ También dio cuenta de pasajes de la Iglesia, como el cisma de Aviñón, que generó “largas disputas y reyertas”, provocando las lágrimas de los historiadores, los santos y de malos reyes, como Pedro I.⁷² Con estos comportamientos González Dávila mostró al lector la fragilidad de las cosas humanas y como la creciente religiosidad de los prelados y el mayor control de obispos y papas, hacían más difíciles comportamientos indecorosos.

Años después, el historiador abulense en sus *Teatros*, continuó el patrón que había desarrollado en *Antigüedades* simplificándolo. Así escribió los episcopologios de gran número de diócesis y archidiócesis de Castilla y América, pero *Antigüedades* siguió siendo la obra mejor documentada y una de las más leídas.⁷³ La metodología que utilizó en ella le fue útil en sus *Teatros*, pero la información de que dispuso en ellos fue más limitada. Su trabajo sobre tantas diócesis, le obligó a utilizar una cantidad ingente de material y a depender de las noticias que le enviaban. Inevitablemente, los errores fueron abundantes y las críticas también.⁷⁴ Posteriormente, Sánchez Alonso llamó

⁶⁷ *Ibidem*, p. 102.

⁶⁸ *Historia de las antigüedades*, p. 266.

⁶⁹ *Ibidem*, p. 99.

⁷⁰ *Ibidem*, pp. 270-271 y pp. 273-274.

⁷¹ *Ibidem*, p. 116.

⁷² *Ibidem*, p. 310.

⁷³ B. Cuart Moner, “Las primeras historias de la ciudad de Salamanca”, p. 514.

⁷⁴ *Ibidem*, p. 139ss.

la atención en su clásica *Historia de la historiografía* sobre su falta de método y sus errores, dando la idea de un autor laborioso, pero sin criterio, desordenado y de escasa originalidad.⁷⁵

Más allá de las críticas puntuales, la opinión de los contemporáneos sobre González Dávila fue claramente positiva. Nicolás Antonio en su *Bibliotheca Hispana Nova* elogió la solidez de su formación romana, su rigor y el enorme trabajo que había realizado. Le calificó de egregio eclesiástico y citó frecuentemente los *Teatros*⁷⁶ en sus libros, señalando el gran reconocimiento que tuvo entre los historiadores de su época. No es exagerado afirmar que González Dávila fue uno de sus autores de referencia, algo que contrasta, por ejemplo, con el escueto tratamiento que hizo de Lobera y lo poco o nada que se sirvió de su obra.⁷⁷ En un siglo en que tanto influjo tuvo la hagiografía, los libros del autor abulense fueron una referencia segura para los eruditos.

SALAMANCA Y LA HISTORIA DE SU IGLESIA

Cronológicamente, González Dávila organizó *Antigüedades* en torno a tres grandes períodos: 1. Desde la fundación de la ciudad hasta la predicación del evangelio, 2. la vida de los prelados y la historia de la ciudad hasta la fundación de la universidad, 3. desde entonces hasta su contemporaneidad. Como era habitual en las historias del período, la última parte, de la que había más información, fue la mejor tratada, la más abultada y también la más importante. Desde el mismo índice, resultó evidente que González Dávila no seguía pautas humanistas, ni se centraba en el momento fundacional de la ciudad ni pretendía construir la visión sobre una antigua edad de oro a modo de guía intemporal para la ciudad.⁷⁸

Para González Dávila, lo que tenía que ver con el período anterior a “ganar” Salamanca al “yugo bárbaro de los moros”, era sumergirse en “el arte del tiempo y sus mudanças, que todo lo confunden y oscurecen”. Además, “la pérdida de España” había ocasionado tal destrucción de documentos, que resultaba imposible saber lo ocurrido, incluyendo el período visigodo. González Dávila no estuvo entre los defensores de la tradición gótica, aunque habló de los “santos propósitos de Recaredo y de los buenos sucesores suyos”.⁷⁹ No culpó de la “pérdida de España” a la degeneración de los reyes

⁷⁵ B. Sánchez Alonso, *Historia de la historiografía española*, vol. II. Madrid, 1948, p. 382.

⁷⁶ *Bibliotheca Hispana Nova*, vol. I. Madrid, Joaquín Ibarra Tipografía Regia, pp. 5-6. 1783. La edición original fue en Roma 1672.

⁷⁷ *Historia de las antigüedades*, p. 172.

⁷⁸ S. Quesada, *La idea de ciudad*, pp. 61ss.

⁷⁹ *Historia de las antigüedades*, pp. 46-49.

godos, como era frecuente, pero sí a Witiza, el último de sus monarcas. Seguramente, su escaso goticismo le llevó a no hablar de la continuidad entre D. Pelayo y la monarquía visigoda. Solo mencionó a este rey por haberle dedicado atención en su crónica Jerónimo Vico, obispo de Salamanca.⁸⁰ Tampoco se refirió a “la venida” de Santiago a España. González Dávila no habló de mitos esenciales en la historiografía española de la época para entender a España, su monarquía y su catolicidad.

González Dávila formuló algunas conjeturas sobre el número de obispos que habían servido en la diócesis de Salamanca antes de los concilios de Toledo, pero lo dio poco relieve al asunto. Sin embargo, sí habló de los obispos que se conocían incidiendo en sus virtudes, porque de ellos habían nacido las cualidades de los prelados salmantinos hasta el presente. Como si de una dinastía se tratase, estos prelados habían heredado una “santísima vida”, luchado por desterrar “los abusos de la gentilidad” y de los herejes y por “la reformation y restauración de la religión christiana, restituyendo a su primer estado lo que los primeros obreros del evangelio plantaron”.⁸¹

González Dávila habló poco de los mahometanos y los consideró “bárbaros insolentes”, que habían esclavizado a la población, destruido la ciudad y sus iglesias. Solo se habían salvado “pequeñas reliquias” trasladadas a Asturias,⁸² pero no se interrumpió la continuidad de los obispos salmantinos, que en aquellos años residieron en Oviedo, la “ciudad de los obispos”. En estos siglos de persecuciones, Salamanca y su diócesis acumularon su gran patrimonio de “trabajos y tribulaciones” por Cristo, con más de dos mil martirizados,⁸³ pero la tradición no había conservado memoria de ninguno. Al igual que la sede toledana, la salmantina había conservado la continuidad de sus prelados y, por tanto, a diferencia de la monarquía, la Iglesia siempre se había mantenido viva en la ciudad. Una vez conquistada Salamanca, desaparecieron las alusiones a los “moros” y sus secuelas. Después de tantos siglos de barbarie hubo obispos de “anillo” y prelados que hicieron guerras, pero las letras y el desarrollo de la Iglesia había desterrado tales prácticas.

En *Antigüedades*, González Dávila, describió la Iglesia como un cuerpo místico que había evangelizado a los hombres, elevando y corrigiendo sus costumbres. Iluminada por el Espíritu Santo, había evolucionado hacia un creciente grado de perfección y, en esta dimensión “humana”, podía y de-

⁸⁰ *Ibidem*, p. 53.

⁸¹ *Ibidem*, p. 44.

⁸² Sobre la repoblación de la ciudad vid. A. Vaca Lorenzo, “Salamanca antes de la repoblación de Raimundo de Borgoña: ¿un enclave fortificado entre cristianos y musulmanes?”, en A. Estella Goytre—A. Vaca Lorenzo—M. N. Rupérez Almajano (ed.), *La plaza mayor de Salamanca*, vol. 1, *Antecedentes medievales y modernos de la plaza*, Salamanca, 2005, pp. 50-68.

⁸³ *Historia de las antigüedades*, pp. 52, 60-61.

bía ser objeto de estudio por los historiadores eclesiásticos, los más adecuados para mostrar los beneficios que Dios proporcionaba a los hombres a través de su Iglesia.

En la tercera parte de *Antigüedades*, que es la fundamental, comenzó a dar información propiamente histórica y una cronología detallada. Construyó la historia de la Iglesia de Salamanca a través de las vidas y hechos de los prelados, incluyendo las decisiones y privilegios hechos por el rey y el papa. Fue una historia particular integrada en la historia de España y enmarcada en la del papado. González Dávila mostró una perspectiva original sobre ambas. No hizo las referencias habituales a la edad de oro del reinado de los Reyes Católicos,⁸⁴ pero sí grandes elogios a la defensa del poder real de Enrique IV frente a los nobles, que pretendían forzarle a declarar heredera a su hermana Isabel. En distintos pasajes, González Dávila defendió interpretaciones nada frecuentes. Muy respetuoso con la autoridad real, apenas hizo comentarios negativos sobre reyes, excepto con Pedro I, pero no ahorró críticas contra quienes se habían levantado contra su autoridad y contra las facciones nobiliarias.

En *Antigüedades*, los reyes y los papas actuaron como correspondía a sus responsabilidades desde la época visigoda, los unos como príncipes cristianos y los otros defendiendo a la Iglesia y sus inmunidades. El rey Bamba ya había actuado como pacificador de los conflictos entre obispos, delimitando los límites de las diócesis, “para conservar la paz christiana que en los eclesiásticos ha de aver, y más principalmente entre los prelados”.⁸⁵ Desde esta época, los reyes habían actuado como leales patronos, protectores y dotadores de la Iglesia de Salamanca, al tiempo que como sus defensores ante las injerencias del papado. González Dávila prestó poca atención a los enfrentamientos entre obispos y reyes, pero fue muy crítico con las divisiones y conflictos en la Iglesia, como en el cisma de Aviñón.

A través de algunas biografías episcopales González Dávila aprovechó para expresar un regalismo moderado y comentar algunas injerencias del papado en la diócesis, como el nombramiento por Sixto IV para su obispado del cardenal romano Oliverio Carafa. Algo que creó tensiones, “por no admitir de buena gana los reyes en sus reynos a los que así eran embiados del Pontífice, de donde nacieron dificultades grandes”. Como no había residido en la diócesis, solo se conservaban algunas cartas procurando “el bueno gobierno de sus ovejas”.⁸⁶ No obstante, aprovechó para destacar el papel de este cardenal en la armada contra el turco y en la construcción de la Iglesia

⁸⁴ T. Jiménez Calvente, “Los Reyes Católicos en “De rebus Hispaniae memorabilis” de Lucio Marineo Siculo”, en F. Bautista—C. Laliena Corbera—G. T. Faci (coords.), *Cultura y poder del Estado en la Corona de Aragón: historiadores e historiografía en los siglos XIII-XVI*, Universidad de Zaragoza 2019, pp. 137-163.

⁸⁵ *Historia de las antigüedades*, p. 46.

⁸⁶ *Ibidem*, pp. 401-405.

de Santa María de la Paz en Roma. González Dávila no se posicionó en la polémica sobre la residencia de los prelados, pero habló bien de quienes residieron y tendió a ignorar a los que no lo hicieron. Como en tantas otras cosas, quedaban muy lejos los debates del Concilio de Trento.⁸⁷

También concretó el momento en que “cesó el derecho de elegir el cabildo los obispos” asumiéndolo el pontífice, también cuando el rey comenzó a presentar los obispos al papa. Mencionó las donaciones y privilegios recibidos de los reyes por obispos y la catedral. También señaló los concilios que se habían hecho en la diócesis y en la provincia eclesiástica, mostrando las tensiones entre decisiones que adoptaron y el papa. Después de Trento Gaspar de Zuñiga, arzobispo de Santiago, había convocado el “concilio compostelano” en Salamanca, donde se habían celebrado siempre estos concilios “por la comodidad de las muchas letras para tales juntas se dessean” y ser una de las ciudades “más abastadas de la provincia”.⁸⁸

Encuadrada en las historias de España y el papado, González Dávila construyó la historia de la Iglesia de Salamanca con materiales de gran calidad y solvencia. Su eje fue la vida y hechos de sus prelados, que consideró “obispos ideales” en el sentido señalado por Jedin.⁸⁹ Según B. Cuart, el autor aspiró a restaurar la austeridad de la Iglesia primitiva,⁹⁰ pero, en realidad, solo quiso hacerlo en lo relativo a costumbres y moral. *Antigüedades* fue ajena a cualquier idealización del pasado o sentimiento de decadencia. Lo importante había sido la dinámica de progreso que había conducido a la Iglesia a triunfar contra sus adversarios, llevando a la monarquía y a Salamanca a su época más esplendorosa y augurándola un futuro mejor. En la lógica de esta interpretación resultaba inevitable vincular la ciudad, su corografía y su vida social a la historia de la Iglesia y sus prelados.

SALAMANCA Y LA COROGRAFÍA HUMANISTA

Salamanca no contaba a comienzos del siglo XVII con una corografía detallada, pero sí habían escrito sobre ella importantes historiadores humanistas. A comienzos del siglo XVI Juan Ramón de Trasmiera había publicado una obra poética sobre los linajes de Salamanca y la guerra entre los Santo Tomé y San Benito, una de las banderías más turbulentas del reino.⁹¹ Más

⁸⁷ J. I. Tellechea Idigoras, *El obispo ideal en el siglo de la reforma*, Roma 1963.

⁸⁸ *Ibidem*, pp. 170, 245, 248, 311, 332. La cita corresponde a pp. 502-506.

⁸⁹ *Il tipo ideale di vescovo secondo la riforma cattolica*, Brescia 1985.

⁹⁰ “Introducción”, pp. 38-39.

⁹¹ *Triunfo Raimundino de Juan Ramón de Trasmiera*, Salamanca, Ediciones Témpora y Caja Duero, 2005. Me remito a la introducción de Angel Barrios señalando las ediciones y manuscritos existentes de la obra. También es de gran interés el trabajo de Monsalvo Antón, José María,

enjundioso fue el libro del italiano Marineo Sículo *De las cosas memorables de España*, que había sido catedrático de retórica y poesía de Salamanca entre 1485 y 1497. En la obra expresó su querencia por Salamanca y la mencionó en diversos pasajes, afirmando, por ejemplo, que el Tormes era un gran río de España. Habló de la fundación de la ciudad tras la Guerra de Troya por Teucro, hermano de Ajax, pero lo que más destacó fue su universidad, con más de 7.000 estudiantes, que el arzobispo Fonseca estaba enriqueciendo con un gran Colegio.

En 1494 Jerónimo Munzer había destacado que Salamanca tenía más estudiantes universitarios que cualquier otra ciudad peninsular. Marineo Sículo lo corroboró comparándola con las universidades de Alcalá y Valladolid. De esta última ciudad dijo que era la “villa más grande y noble de cuantas hay en España”, especialmente “estimada y preferida” por los reyes. En cambio, a Salamanca venían estudiantes de toda España y el extranjero “como a feria de letras y todas virtudes” (...), “los cuales hacen la ciudad más rica y noble”. Así,

casí todos los pueblos de España piden leyes y derechos para bien vivir como de su madre y señora muy acatada. De aquí salen para la corte y casa Real los consejeros, los letrados, los médicos y físicos, los teólogos y finalmente los doctores y maestros de cualquier ciencia necesaria.⁹²

Del libro de Marineo Sículo emergió Salamanca como gran ciudad universitaria de España. No gran ciudad ni favorita de los reyes, pero era el centro intelectual de la monarquía, donde se formaban sus letrados, teólogos y prelados.

Poco después, Pedro de Medina en su *Libro de Grandezas y cosas memorables de España*, publicado en 1548, mantuvo una línea semejante a la de Marineo Sículo, salvo en lo relativo a la fundación de Salamanca, que atribuyó a Hércules. También proporcionó una panorámica de su trayectoria histórica. También hizo un repaso más detallado sobre su universidad, sus estudios, cátedras y biblioteca, “la mejor de España”, así como de la suntuosidad sin igual de sus colegios. Parafraseo a Marineo Sículo, cuando se refirió a los muchos estudiantes que venían a sus aulas y al lugar de la universidad en la formación de letrados y religiosos, concluyendo que “esta ciudad es la madre de ciencia y artes liberales”. Medina dedicó unas líneas a

“En torno al triunfo *Raymundino*. Consideraciones sobre el imaginario nobiliario en la Salamanca de 1500”, *Anales de Historia Antigua, Medieval y Moderna*, vol. 46 (2013) <http://www.filo.uba.ar/contenidos/investigacion/institutos/historiaantiguaymedieval/index.htm>

⁹² La versión original se editó en 1539. Utilizo la edición de los libros I-III, Madrid, La hoja del monte, 2004, pp. 28, 30, 57.

la ciudad por ser “muy ilustre de caballeros y señores”, abundantemente proveída y con una plaza muy grande para juegos, toros y otros tratos.⁹³

En la primera mitad del siglo xvi Salamanca ya contaba con una impronta singular, que algunos autores propagaron en sus poesías y narraciones. Este era el caso del humanista portugués Arias Barbosa, treinta años catedrático en su universidad.⁹⁴ Algunos que pasaron por sus aulas escribieron sobre ella, contribuyendo a difundir su imagen de ciudad universitaria.⁹⁵

Por supuesto, González Dávila conocía estos testimonios, pero su objetivo fue trazar una corografía y una historia más completa de Salamanca. Recogió lo señalado por Marineo Sículo sobre Teucro, fundador de la ciudad junto a sus “salaminos y áticos”, de aquí que se la llamase “Salamatica”. González Dávila conocía perfectamente *Antigüedades de las ciudades de España* de Morales y sabía que no contaba con textos clásicos ni “ruinas” para atestiguar semejante afirmación.⁹⁶ Su única prueba fue que la ciudad había conservado ininterrumpidamente el nombre, un argumento irrefutable para los humanistas.

González Dávila no habló de Salamanca como una gran ciudad de la antigüedad. Con su realismo habitual, señaló que había sido una ciudad pequeña hasta que se fundó la Universidad y llegó mucha gente “a la nueva feria de los estudios y las letras”⁹⁷ y “ha venido a ser la cumbre y reyna de todas las ciudades de España y universidades del mundo”. De esta forma, el simbolismo de Teucro, el “héroe fundador”, permitía atribuir a esta nueva Atenas un “linaje” griego.⁹⁸ Los historiadores humanistas hubiesen dedicado

⁹³ *Obras de Pedro de Medina*. Edición y prólogo de Ángel González Palencia, Madrid, CSIC, 1946, pp. 131-132.

⁹⁴ C. Miguel Mora, “El poema ‘A la célebre ciudad de Salamanca’ del humanista aveirense Arias Barbosa”, *Florentia Iliberritana. Revista de Estudios de la Antigüedad clásica*, 22 (2011), pp. 137-147.

⁹⁵ B. Cuat Moner, se ha referido a estos testimonios de Fernán Pérez de Oliva, Cristóbal de Villalón o Fray Luis de León, entre otros, vid., “Evocaciones de una ciudad renacentista”, *Salamanca. Revista de Estudios*, 49 (2002), pp. 162-170.

⁹⁶ En discusión con otros autores, Ambrosio de Morales había establecido el nombre latino correcto de la ciudad, Salmantica. Muy parecido fue el nombre griego que puso González Dávila, vid. *Las antigüedades*, 88.

⁹⁷ *Historia de las antigüedades*, pp. 5-6.

⁹⁸ Cuat Moner no cree “verosímil” que el autor creyese en el mito de Teucro, pero lo aceptó por razones “morales” más que “históricas”, porque dotaba a la ciudad de unas características “que dimanaban de sus primitivos fundadores”, vid. “Introducción”, 59. Algunos años después matizó esta opinión considerando que, según González Dávila, el origen de Salamanca no sería inferior a Roma, ya que Teucro y los primeros habitantes de la ciudad, vencedores en la guerra de Troya, “traían ya en germen las virtudes de las armas (los salaminos) y las letras (los áticos, es decir, los atenienses), que seguían siendo visibles en la ciudad en el momento en que el autor escribía”, *Evocaciones*, p. 160. Sobre los orígenes de la ciudad vid. Lorenzo Vaca, Á., “Salamanca, de poblado a ciudad: aproximación histórica a sus orígenes antes de la invasión musulmana”, *Estudios de Historia de España* 14 (2012), 15-54; 15 (2015), 11-30.

gran atención a defender esta conjetura, recogiendo lo dicho por los autores clásicos sobre el origen de la ciudad o deduciéndolo.⁹⁹ González Dávila no lo hizo, ni tampoco mencionó las posiciones encontradas de Marineo Sículo y Medina. Resolvió el asunto en una página en un esfuerzo por incluir un elemento corográfico imprescindible, al que él no parecía dar gran trascendencia.¹⁰⁰

Recopilando la información que había proporcionado Ambrosio de Morales y añadiendo otras, González Dávila transcribió inscripciones romanas,¹⁰¹ pero el vestigio más importante fue “la puente” sobre las aguas del Tormes, una de las edificaciones más insignes de España y de las mayores “grandezas” de la ciudad. Era un “edificio romano” de cantería, semejante al acueducto de Segovia y su construcción se atribuía “más por tradición que por escritura” a Hércules. Como en tantas otras cosas basadas en la “tradición”, prefirió no desmentirla y optó por una conjetura que avalaba la antigüedad de su edificación. Pensaba que Trajano había mandado reconstruir “la puente” dándole su forma actual,¹⁰² cuando restituyó el camino de la plata, como consta por “piedras antiguas”.¹⁰³ Recogiendo las informaciones de Tito Livio y de cuanto se sabía de la antigüedad de Salamanca, González Dávila demostró la conexión de la ciudad con el imperio romano, algo fundamental en su interpretación de la universidad de Salamanca como heredera del mundo clásico.

SALAMANCA, LA COROGRAFÍA DE UNA CIUDAD CATÓLICA

Como señaló Saavedra Fajardo, las calidades que “hace(n) feliz a una ciudad (son) el aire, el agua, el sitio, la fábrica, la grandeza y la campaña”.¹⁰⁴ Efectivamente, González Dávila habló de todas ellas, algo poco habitual en las obras sobre ciudades castellanas de estos años. Siguiendo las tablas de

⁹⁹ B. Cuat Moner, “Héroes fundadores, ciudades y libros de historia”, en Truchuelo García, S.—López Vela, R.—Torres Arce, M., *Civitas: expresiones de la ciudad en la Edad Moderna*, Santander, 2015, pp. 19-51.

¹⁰⁰ F. Gómez Martos, “La justificación mítica de las ciudades en las historias generales de España de Florián de Ocampo y de Juan de Mariana”, *Revista de Historiografía*, 16 (2012), pp. 179-183.

¹⁰¹ *Historia de las antigüedades*, 29-34.

¹⁰² La historiografía moderna ha considerado que, fue uno de los mejores puentes que los romanos realizaron en Hispania y en una fase anterior a Trajano, vid. A. Lorenzo Vaca, *El puente romano de Salamanca. Desde su construcción hasta la riada de San Policarpo*, Salamanca, Diputación de Salamanca 2011.

¹⁰³ En esta conjetura se apoyaba en la descripción que Ambrosio de Morales había hecho sobre el “camino de la plata” en el que tanto habían trabajado los romanos, *Las antigüedades*, pp. 91 y 102.

¹⁰⁴ Citado por P. Fraile, *La otra ciudad del rey*, Madrid, Celeste Ediciones, 1997, p. 104.

Tolomeo y la cosmografía de Pedro Apiano, González Dávila proporcionó las coordenadas de la ciudad y describió sus recursos con patrones clásicos.¹⁰⁵ Fue el capítulo menos innovador de la obra, pero ofreció una corografía precisa. Situada en tierras fértiles y abundantes, Salamanca estaba “bastecida de todas las (cosas) que son menester el para vivir humano sin tener necesidad de acudir para ello a ninguna de las ciudades comarcanas”. Las tierras de Salamanca eran ricas en trigo, centeno, cebada, legumbres, vino, aceite, manteca, ganados y otros productos que suministraba a otros lugares.

La ciudad gozaba de un clima ni demasiado frío en invierno ni demasiado caliente en verano (el portugués Barbosa consideraba el clima de Salamanca muy frío en invierno y demasiado caliente en verano¹⁰⁶), lo cual, junto a sus “ayres delgados” y los vientos refrescantes de verano, facilitaba que tuviese pocas pestes. Todo ello hacía que

sus moradores (fuesen) benignos, afables, dados a las cosas de buen gobierno y inclinados a las del placer, no con demasiado exceso, sino con modestia y templança. Es gente aficionada a saber y a tener conocimiento de ciencias, que para venir a alcançarlas no perdonan a ninguna manera de costa, ni trabajo.

Es lo que se veía a través de los excelentes varones que había tenido la ciudad.¹⁰⁷ Era habitual en las corografías humanistas describir las gentes de la ciudad, su bullicio, sus mercados y alguna de sus fiestas, pero a González Dávila no le interesaron estos aspectos.

Al definir las virtudes de los ciudadanos de Salamanca, González Dávila no incluyó su religiosidad natural. Señaló que antes de la predicación del cristianismo eran “no menos idolatras que las demás gentes sus vecinas”.¹⁰⁸ En *Antigüedades* los hombres tendían a la barbarie y su creciente grado de civilización había sido resultado de un elemento exógeno: la Iglesia, la gran expresión del favor divino hacia los hombres.¹⁰⁹ Para González Dávila, la sociabilidad en sentido aristotélico, era ajena a la naturaleza humana y adquirirla había sido resultado de la predicación del evangelio. Desde entonces habían sido los eclesiásticos, dirigidos por el obispo de Salamanca, quienes habían mantenido viva la fe y la paz entre sus ciudadanos.

Fuera de las puertas de Salamanca, en la rivera del Tormes, había “muchos jardines, prados y huertas para deleyte y entretenimiento de los ciudadanos”, proporcionando una hermosa vista. Como era importante en toda descripción corográfica, González Dávila habló del río, el Tormes, cuyo nombre

¹⁰⁵ S. Quesada, *La idea de ciudad*, pp. 74ss; P. Sánchez Ferro, *El tiempo mítico*; R. Kagan, “La corografía urbana”.

¹⁰⁶ C. Miguel Mora, “El poema ‘A la célebre ciudad de Salamanca’”.

¹⁰⁷ *Historia de las antigüedades*, p. 13.

¹⁰⁸ *Ibidem*, p. 40.

¹⁰⁹ *Ibidem*, pp. 39ss.

también descendía del griego y significaba “reyna o señora”, pero no lo convertía en el eje articulador de la ciudad. En sus aguas había abundante pesca y, sobre todo, “la ciudad bebía” de sus aguas “delgadas, limpias, sanas y sin ningún género de cieno, ni sabor alguno”,¹¹⁰ comparables a las del Tíber romano, una de las pocas alusiones que hizo a esta ciudad.

González Dávila realizó una descripción tan precisa y breve de las calles y plazas de Salamanca, que pareció un inventario.¹¹¹ En ella no mencionó prácticamente los palacios nobiliarios ni los edificios seculares. Habló de las trece puertas de la ciudad, destacando los grandes edificios. El pasado y el presente se enlazaba en la entrada “del Río”, por la que había llegado Aníbal. Desde entonces habían entrado muchos reyes, particularmente por la puerta de Zamora, la “más principal”, reedificada en 1534 cuando llegó Carlos V. También a través del perímetro de la ciudad señaló la ubicación de la sinagoga y del barrio judío que albergó la ciudad. Al hablar de las puertas, explicitó el dinamismo de una ciudad que mostraba al viajero su grandeza a través de sus edificios eclesiásticos, muchos de ellos construidos en el último siglo.¹¹²

Según Cuat Moner, González Dávila estuvo bien relacionado con las élites salmantinas,¹¹³ sin embargo, apenas habló del gobierno urbano. Mencionó al corregidor y “gran número de ministros de justicia”, a los regidores “que ayudan a enderezar y encaminar las cosas de buen gobierno”,¹¹⁴ que en los últimos años habían pasado de 16 a 36 por mercedes reales.¹¹⁵ Fue una escueta descripción para unos órganos que, más que gobernar, parecían administrar la vida material. En *Antigüedades* no presentó a Salamanca como república urbana, pero sí dio importancia a los “términos” de Salamanca, 1.200 lugares, 18 de ellos villas. También mencionó su voto en las cortes y que “hablaba” por las ciudades de Plasencia, Coria, Cáceres, Badajoz, Ciudad Rodrigo, Trujillo, Mérida y los maestrazgos de Santiago y Alcántara. Es decir, era una importante ciudad del reino.

Su descripción de las cosas de Iglesia, en cambio, fue más detallada y explicó la composición de sus tribunales eclesiásticos. No sólo estaba el del “obispo”, también el del maestrescuela para los profesores y estudiantes de la universidad y el del metropolitano, a quien acudían en apelación los recursos de gran parte de las ciudades de la provincia eclesiástica de Santiago (Ávila, Plasencia, Badajoz, Coria, Ciudad Rodrigo, Zamora y Astorga). Estos

¹¹⁰ *Ibidem*, pp. 9-10.

¹¹¹ *Ibidem*, pp. 6-8.

¹¹² *Ibidem*, 18-25.

¹¹³ “Las primeras historias de la ciudad de Salamanca”, p. 517.

¹¹⁴ González Dávila realizó una escueta descripción del gobierno urbano y su composición en *Historia de las antigüedades*, pp. 35-39.

¹¹⁵ R. Polo Martín, *El régimen municipal de la Corona de Castilla durante el reinado de los Reyes Católicos*, Madrid, Editorial Colex, 1999.

tribunales eran la razón por la que “a esta ciudad concurren diversas gentes, fuera de las que acuden a seguir el interés de las letras” por ser “cabeza” de ciudades señaladas.¹¹⁶

Como era frecuente en las descripciones urbanas,¹¹⁷ el edificio más importante fue la catedral. Su “Iglesia” era la institución más aventajada de la ciudad por el favor de reyes y papas, como mostraban el gran número de privilegios singulares que le habían concedido. Por eso en la actualidad era

una de las que en España con más religión, grandeza y numero de ministros acude al culto divino y a solemnidades de los santos a causa y estado y tener la Universidad por vecina, cuyos hijos siembran esta verdad por el mundo.¹¹⁸

Antiguamente había sido una de las cuatro más importantes de España: la de Oviedo por sus reliquias, la de Toledo por su riqueza, la de León por su belleza y la de Salamanca “por su fortaleza”.

En *Antigüedades*, los prelados tuvieron el mayor protagonismo en las decisiones de la diócesis, pero no como pastores. Al cabildo, al que González Dávila estaba ligado, lo consideró el sostén institucional de la Iglesia, señalando que algunos canonicatos, como el doctoral, eran ocupados por catedráticos de Salamanca.¹¹⁹ Entre los canónigos habían estado hijos de reyes, cardenales y catedráticos como Alonso Fernández de Madrigal, el Tostado, o Pedro Fuentidueñas, activo participante en el concilio Trento. A través de los canónigos y dignidades, González Dávila mostró al cabildo como intermediario entre la universidad y la Iglesia de la ciudad.

En *Antigüedades*, los obispos y el cabildo ocuparon el lugar de sostenedores del orden que en las historias urbanas precedentes correspondía al rey y gobierno urbano.¹²⁰ Alcocer, Morgado habían descrito una república urbana integrada en la historia de una monarquía en que la Iglesia cumplía sus correspondientes funciones temporales y espirituales. Un año antes, Pisa había mantenido este esquema en su obra sobre Toledo, dando más protagonis-

¹¹⁶ *Historia de las antigüedades*, pp. 38-39.

¹¹⁷ S. Quesada, *La idea de ciudad*, pp. 74ss.

¹¹⁸ *Historia de las antigüedades*, p. 88.

¹¹⁹ Para una visión de los cabildos castellanos y una historiografía detallada, vid. J. Burrieza Sánchez, “Ser canónigo en la Castilla del barroco”, en E. Callado Estela (ed), *La catedral barroca. Iglesia, sociedad y cultura en València del siglo XVII*, Valencia, Insititució Alfons el Magnanim, 2020, 359-391. Burrieza, 2020, 359-391.

¹²⁰ K. Härter, “Disciplinamento sociale e ordinanze di polizia nella prima età moderna”, en *Disciplina dell'anima, disciplina del corpo e disciplina della società tra medioevo ed età moderna*, P. Prodi (coord.), *Annali dell'Istituto storico italo-germanico in Trento, Quaderno 40*, Bologna, 1994, pp. 635-658; H. Schilling, “El disciplinamiento social en la Edad Moderna: propuesta de indagación interdisciplinar y comparativa”, en *Furor et rabies: violencia, conflicto y marginación en la Edad Moderna*, J. I. Fortea—J. E. Gelabert—T. Mantecón (eds.), Santander: Editorial Universitaria, 2002, 17-46.

mo a las instituciones eclesiásticas.¹²¹ Sin embargo, González Dávila lo subvirtió integrando la corografía de Salamanca en la historia de la Iglesia. Para él lo esencial era el prelado y el carácter de Salamanca como sede episcopal. Este era el motivo de su grandeza y la de su universidad. Aunque las autoridades seculares fuesen formalmente su cabeza, su función era secundaria, porque el obispo y las instituciones eclesiásticas, además de desempeñar sus facultades, ejercían la potestad indirecta sobre el gobierno urbano.¹²² Esto era lo que aseguraba la integración de la ciudad en el cuerpo místico de la Iglesia y, por tanto, la sociabilidad y obediencia de los ciudadanos.¹²³ Es decir, los prelados eran la verdadera cabeza de la ciudad.

La de González Dávila fue una elaborada teorización sobre las facultades de la Iglesia en la ciudad en unos años en que se debilitaba el municipalismo.¹²⁴ No es casual que entre los privilegios más señalados del cabildo estuviese el no “dar posesión de ningún regimiento en Salamanca sin que asistan dos prebendados”.¹²⁵ Una manifestación de la superioridad del cabildo sobre el concejo urbano. Que en *Antigüedades* el protagonismo del gobierno temporal fuese escaso, no implicó una devaluación de la vida social de la ciudad, por el contrario, situó sus tensiones en el centro.

LOS LINAJES NOBILIARIOS Y VULGO: LA CIUDAD COMO CONFLICTO SOCIAL

González Dávila realizó en *Antigüedades* la valoración política más comprometida de estos años sobre las dinámicas de la sociedad urbana. Partió de un principio humanista común en las historias y corografías,

toda grandeza que cuentan las historias de Roma y toda la que se escribe de otras repúblicas del mundo, no ha tenido otro principio que el valor de los hijos de ellas, resplandor de sus letras, excelencia de sus virtudes y vidas.¹²⁶

Como era habitual, concretó este principio en los linajes, mostrando lo mucho que debía la monarquía a Salamanca. Personajes como Diego de Azevedo “gran privado de Felipe II” o Gaspar de Zuñiga en su presente, encarnaban esta aportación y mostraban la cercanía de la ciudad al rey.¹²⁷ A par-

¹²¹ F. Pisa, *Descripción de la Imperial ciudad de Toledo*, pp. 33ss.

¹²² A. Molina Meliá, *Iglesia y Estado en el Siglo de Oro español. El pensamiento de Francisco Suárez*, Universidad de Valencia, 1977, pp. 171-248.

¹²³ R. Valladares, *Católico yugo: la idea de obediencia en la España de los Austrias, 1500-1700*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2021; D. Moreno, “Los límites de la obediencia en el mundo hispánico de la Edad Moderna: discursos y prácticas”, *Studia Histórica, Edad Moderna*, 40 (2018), pp. 19-29.

¹²⁴ F. Aranda Pérez, “Castilla entre los Felipes”, pp. 130-131.

¹²⁵ *Historia de las antigüedades*, pp. 84, 95.

¹²⁶ *Ibidem*, pp. 319-320.

¹²⁷ *Ibidem*, pp. 466-467.

tir de este principio González Dávila, desarrolló preocupaciones ajenas a los historiadores urbanos hispanos de estos años, salvo excepciones, y más cercanas a los humanistas italianos del *trecento* y *quattrocento*.¹²⁸

Según González Dávila, en los siglos marcados por la lucha contra los “bárbaros” la nobleza salmantina había sido guerrera, pero desde hacía tiempo, las tres casas tituladas, condes de Fuentes, condes de Monterrey y marqueses de Piovera, junto a los “más de cien caballeros de mayorazgo”, dedicaban sus energías al servicio de la Iglesia y la monarquía. En este tránsito, bastantes casas habían desaparecido, mientras otras habían surgido, fundando conventos, obras pías, hospitales y otras instituciones de culto y caridad y proporcionado gran número de “patriarcas, arzobispos, obispos, inquisidores generales, maestros de órdenes militares” y otros muchos cargos.

Tan atento a los cambios históricos, González Dávila trató la transformación de los hábitos de la nobleza, sin dejar de señalar la pervivencia de sus ánimos guerreros a través de “la enfermedad infernal de los bandos”, responsable de dividir la ciudad entre facciones. La ciudad tenía que ser un “mar de paz pública sosegado y manso”,¹²⁹ pero estaba recorrida por egoísmos e intereses que se manifestaban a través de la violencia. Los bandos nobiliarios y las rebeliones del “vulgo” eran males intrínsecos a la vida urbana. González Dávila no vio a la ciudad como esa arcadia feliz de los humanistas, sino como un núcleo de contradicciones y conflictos: tenía las mejores condiciones para el progreso, junto fuerzas que tendían a destruirla.

Más que analizar los bandos en Salamanca, González Dávila explicó sus orígenes y consecuencias. Un crimen había sido el desencadenante de una sucesión de conflictos, porque “la venganza es una vida sin sosiego y la pasión se avía hecho honra (y) no reparaba en nada”. La ciudad se había dividido entre “daños y dissensiones, heredando los odios y rencores” entre los Monroy y los Enriquez que, sin embargo, no tomaron los nombres de sus “autores y dueños”, sino los de sus parroquias, S. Tomé y los de San Benito.¹³⁰ Por ser males de naturaleza ardiente y ciega, no sirvieron los instrumentos de la justicia secular y fue necesaria la intervención de la Iglesia. Una de las funciones esenciales de los prelados y eclesiásticos en *Antigüedades* fue me-

¹²⁸ A. Cámara, “La ciudad en la literatura del Siglo de Oro”, *Anales de Historia del Arte*, 2008, Volumen Extraordinario 121-133; Skinner, Q., *Los fundamentos del pensamiento político moderno*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986; J. Hankins, *La política della virtù. Formare la persona e formare lo Stato nel Rinascimento italiano*, Viella, Roma, 2022.

¹²⁹ *Historia de las antigüedades*, 456.

¹³⁰ *Historia de las antigüedades*, pp. 315-317; B. Cuat Moner, “Introducción”, p. 74; A. Vaca Lorenzo, “Los bandos salmantinos. Aportación documental para su estudio”, en *Salamanca y su proyección en el mundo. Estudios históricos en honor a Florencio Marcos*, Salamanca, 1992, pp. 433-458; *Ibidem*, “La oligarquía urbana salmantina en la Baja Edad Media”, en *Estudios históricos salmantinos: homenaje a P. Benigno Hernández Montes*, J. A. Bonilla Hernández—Barrientos García, Salamanca 1999, pp. 65-102.

diar en los conflictos políticos y sociales. Esto es lo que hizo en Salamanca Juan de Sahagún en la segunda mitad del siglo xv, aunque silenciaba los detalles “para que no se dé materia de risa y lastima a los de otras ciudades”. Este “santo” había sosegado los ánimos cuando todo parecía estallar.¹³¹

González Dávila prestó poca atención a la presencia que habían tenido los “judíos” en Salamanca, pero refirió alguna “revuelta” contra ellos. Entonces la monarquía y el gobierno urbano no habían controlado la “furia popular desenfundada” contra los judeoconversos.¹³² Unas persecuciones que el autor condenó, ensalzando las conversiones de hebreos hechas por Vicente Ferrer, uno de los personajes más elogiados en *Antigüedades*. González Dávila alabó la integración en la Iglesia de Pablo de Santa María, Alonso de Santa Fe y de otros judíos,¹³³ al tiempo que defendía el “primer” estatuto de limpieza de sangre, el del Colegio de S. Clemente, al que siguieron los demás colegios de Salamanca, Iglesia de Toledo y otras instituciones. Salamanca había sido pionera en el establecimiento de los estatutos y por ello los catedráticos y doctores de Salamanca habían sido siempre limpios.¹³⁴ Un requisito que no consideró necesario para ser estudiante, pero sí para ser doctor o catedrático, porque quien obtenía este grado en Salamanca, no pagaba pechos y se le reconocía como “hijodalgo”.¹³⁵

Poco dado a detenerse en sucesos políticos, González Dávila dedicó a las Comunidades la mayor atención, como un año antes había hecho Pisa en su historia de Toledo. Ambos mostraron singular interés en reinterpretar las Comunidades. Quizá en el caso de González Dávila tuviese que ver con lo sucedido en Ávila, su ciudad natal. Había sido resultado del enfrentamiento secular entre los pecheros y los linajes que controlaban el concejo.¹³⁶ Los choques habían comenzado tras la votación del servicio al rey de sus procuradores en las Cortes de Santiago de 1520.¹³⁷ Cuando el Concejo de Ávila les requirió explicar su decisión, el monarca les eximió de hacerlo. Los pecheros, como ha señalado Tapia Sánchez, constituían un grupo heterogéneo formado por “comerciantes, *fabricadores*, artesanos, intelectuales, algunos clérigos y caballeros, y, a partir del otoño de 1520, campesinos”, cuya participación radicalizó la “revolución”. Junto a los de Salamanca y Valladolid, algunos de los procuradores abulenses estuvieron entre los más radicales en la Junta de Ávila, aunque el equilibrio de fuerzas en la ciudad y la negociación, evitó grandes

¹³¹ *Historia de las antigüedades*, pp. 200, 379 y 385.

¹³² *Ibidem*, p. 369.

¹³³ *Ibidem*, pp. 347-348, 375ss.

¹³⁴ *Ibidem*, pp. 345, 369.

¹³⁵ *Ibidem*, p. 192.

¹³⁶ M. Diago Hernando, Máximo, “Conflictos políticos en Ávila en las décadas precedentes precomuneras”, *Cuadernos Abulenses*, 19 (1993), 69-101.

¹³⁷ L. Ariz, *Historia de las grandezas*, 334-335; J. Pérez, *La revolución de las Comunidades de Castilla (13520-1521)*, Madrid, Siglo XXI, 1977, 154.

conflictos. Esto no aminoró los castigos y las compensaciones que el emperador exigió tras Villalar. El alcalde de casa y corte, Gil González Dávila, pariente de nuestro autor, fue una de los implicados que quedó exceptuado del perdón general.¹³⁸ Sus propiedades fueron confiscadas y no logró el perdón a pesar de sus sucesivas peticiones.

En *Antigüedades*, González Dávila se centró desde el primer momento en la dimensión social del conflicto. Los ministros flamencos de Carlos I habían alterado los ánimos, pero la paz era la base de la prosperidad urbana, el tranquilo “mar de la república”, que “cuando se desenfrena y altera, mostrándose insolente y bravo, muestra la grandeza de su elemento”. Es lo que ocurrió cuando los “viles del pueblo” se rebelaron amparándose en la defensa de la “libertad, con título de padres y defensores de la patria”.¹³⁹ Villoria, un peletero, fue líder en Salamanca y “no era gente más principal ni luzida los que acaudillaban a los rebeldes en otras ciudades”. Evidentemente, su interpretación de las Comunidades y de los bandos en Salamanca, resultaba extensible al ámbito urbano de Castilla. Coincidiendo con lo escrito por Pisa, culpó de lo sucedido a los “revoltosos, gente baxa y vil, no se deve imputar y atribuir a la ciudad, pues ni la justicia, ni el regimiento, ni la gente noble siguieron la comunidad”.¹⁴⁰

Algunos nobles habían aprovechado el malestar contra los flamencos para incitar al vulgo, pero perdieron el control. Para González Dávila la quiebra de la justicia era inherente a la actuación independiente del vulgo¹⁴¹ y nada más hacerse con el poder en Salamanca, estos “viles” echaron de la ciudad a muchos nobles, maltratando a los que quedaron.

“El tiempo que duró este motín fueron grandes los desconciertos que pasaron, porque cada uno quería ser cabeça, gobernador y rey, y mandar en lo humano y lo divino, creciendo el furor de la gente popular, bestia sin freno” ni templanza, que causaron males “incurables”.

Era lo mismo que había dicho Pisa para Toledo.¹⁴²

Como observó Cuart, González Dávila no mencionó a Maldonado, natural de Salamanca y uno de los líderes comuneros más relevantes.¹⁴³ Fue su forma de diluir la iniciativa de los sectores medios de la ciudad en la dirección del movimiento. En *Antigüedades* no hubo alusiones al papel de las

¹³⁸ S. Tapia Sánchez, “La participación de Ávila en las Comunidades de Castilla”, en *Ávila en el tiempo. Homenaje al Profesor Ángel Barrios*, Ávila, Institución Duque de Alba, 2007, 139-182, en concreto 144-145 y 147; *Ibidem*, “La sociedad abulense del siglo XVI”, *Vivir en Ávila. Cuando Santa Teresa escribe el libro de su vida*, Burgos, Monte Carmelo, 2011, 69-133. Sobre la composición de Ávila, vid. 90ss.

¹³⁹ *Historia de las antigüedades*, pp. 456-457.

¹⁴⁰ *Descripción de la Imperial ciudad de Toledo*, f. 245v.

¹⁴¹ *Historia de las antigüedades*, pp. 460-461.

¹⁴² F. de Pisa, *Descripción de la Imperial ciudad de Toledo*, ff. 245r-246r.

¹⁴³ B. Cuart Moner, “La larga marcha de las historias de España”, pp. 75-77.

Cortes, ni a las reivindicaciones urbanas, ni a las peticiones de la Junta de Ávila. En línea con la reinterpretación de las Comunidades que estaba realizando la historiografía en aquellos años, González Dávila redujo lo sucedido a una “rebuelta” del vulgo.¹⁴⁴

Las Comunidades habían acabado cuando los partidarios del emperador y los nobles se juntaron para derrotar a los sublevados y, “presos los capitanes”, el vulgo se dispersó. Esta alianza fue el modelo para el historiador abulense, la base para la estabilidad del reino y la ciudad. Si en otros capítulos había pretendido ofrecer enseñanzas a los eclesiásticos, en este quiso aleccionar a la nobleza. Aunque los malos ministros cometiesen injusticias, jamás era justificable quebrar la “paz” y desobedecer al rey. Era preferible sufrir su mal gobierno que a la “bestia sin freno del vulgo”. Ante malas decisiones del monarca, solo cabía la queja y la paciencia, sabiendo que corregiría las cosas, como hizo Carlos V tras su regreso a España, concediendo el perdón a Salamanca en “uso de su benignidad”.¹⁴⁵

Completando la visión de la ciudad, el análisis social de González Dávila, terminó por invisibilizar las instituciones urbanas y a las capas medias de la ciudad. El gobierno de la ciudad era aristocrático y su contrapeso el prelado de la ciudad y sus tribunales. La potestad secular y la espiritual se combinaban, pero no daban lugar a una comunidad perfecta, porque la tendencia al conflicto de la ciudad, creaba constantes tensiones y dificultaba el orden. Era la potestad de la Iglesia sobre lo secular la encargada de impedir excesos, corregir y garantizar la obediencia en la ciudad. Fue una propuesta contrarreformista para el proceso de oligarquización que se estaba dando en el mundo urbano castellano en estos años.¹⁴⁶

LA ATENAS CATÓLICA: UNA “REPÚBLICA DE SABIOS”

Mientras al tratar los orígenes de la ciudad, González Dávila fue bastante parco, cuando habló de la fundación de la Universidad proporcionó copiosa información, comenzando por las “escuelas” de Palencia y la decisión de Alfonso IX de fundar la universidad en Salamanca por tener “buenas aguas y bien proveído de muchos y buenos mantenimientos” y a partir de entonces “toma principio otra nueva ciudad”. Efectivamente, González Dávila trazó una corografía de la universidad que, además de sus propios

¹⁴⁴ Para un estado de la cuestión vid. R. López Vela, “Las comunidades de Castilla en la historiografía del absolutismo y el primer liberalismo”, en Salvador Rus Rufino—Eduardo Fernández García (coord.), *El tiempo de la libertad: Historia, política y memoria de las Comunidades en su V Centenario*, Madrid, Tecnos, 2022, pp. 771-790.

¹⁴⁵ *Historia de las antigüedades*, p. 465.

¹⁴⁶ F. Aranda Pérez, “Castilla entre los Felipes”, pp. 133ss.

edificios, contaba con un gran número de colegios, incluyendo los que habían establecido “casi todas las órdenes” religiosas.¹⁴⁷ Estos apartados fueron el centro de *Antigüedades*, aquellos que hacían de Salamanca una ciudad única en el mundo.

González Dávila defendió el papel de los reyes en el establecimiento de la universidad, pero señalando que había sido el papado el que había concedido las bulas que habían definido sus enseñanzas. Por eso la “otra nueva ciudad” había crecido por impulso de prelados y órdenes religiosas, lo cual le llevó a presentar la fundación de los colegios ligada al ejercicio del correspondiente obispo salmantino y construyendo en torno a ellos la identidad de Salamanca como

“cumbre y reyna de todas las ciudades de España y universidades del mundo” (...), “morada y asiento de las virtudes y ciencias, donde la diligencia y la industria se corona y la ignorancia se destierra como no ciudadana desta república”.¹⁴⁸

A la cabeza del conocimiento estaba la teología, la “emperatriz” de los saberes, seguida de la jurisprudencia, la medicina y otras disciplinas. La universidad estaba dirigida por un rector, generalmente “hijo de grande de España o señor de título”, encargado de reunir al claustro de los doctores y maestros de la universidad, “con que viene a ser el más grave senado y la república de los hombres más aventajados en letras que se halla en Europa”. A ello, habría que añadir otros cargos para su gobierno y administración. Había setenta y tres cátedras dotadas con salario, “las principales dellas valen novecientos y más ducados” y así quienes las ejercen pueden dedicarse a su tarea sin distraerse en otras ocupaciones. La minuciosa corográfica de la “otra nueva ciudad”, se completaba con un hospital para atender a los estudiantes pobres, una “librería” con gran número de libros, entre ellos “muchos exquisitos y raros” y, por supuesto, con los estudiantes, vestidos con habito “honesto y clerical” que llevaban una vida de estudio.¹⁴⁹ Esta ciudad de trabajo, sociabilidad católica y académica, constituyó la ciudad ideal de González Dávila y el motor del crecimiento de la ciudad.

Para la descripción de los colegios González Dávila siguió un esquema: precisar las fechas de su fundación, el papel de sus fundadores, de sus benefactores y de sus transformaciones más señaladas, junto a los personajes más distinguidos que habían pasado por él, incluyendo a conocidos catedráticos, teólogos y jurisconsultos, santos, prelados, miembros de Chancillerías y Con-

¹⁴⁷ *Historia de las antigüedades*, pp. 192, 190.

¹⁴⁸ *Ibidem*, pp. 175-176, 193.

¹⁴⁹ *Ibidem*, pp. 183-188. M. P. Alonso Romero, “Sobre la jurisdicción y el gobierno de la Universidad de Salamanca a fines del siglo xvi”, *Studia Histórica. Historia Moderna*, 11 (1993), pp. 117-147.

sejos. Este trabajo exigió un notable esfuerzo documental y proporcionó mucha información con valiosos excursos, casi siempre hagiográficos. Comenzó por el convento y colegio de San Esteban, en cuyo seno se habían formado formado gran parte de los dominicos que habían convertido a los indios del “nuevomundo”, algo que también señaló con los colegios de otras “religiones”. Esta había sido la mayor contribución de la universidad desde hacía un siglo, dándola una dimensión universal que no poseía ninguna otra en el mundo. Seguramente fue de S. Esteban del “colegio” del que más habló. Decía que

ha sido el venero y fuente de donde han salido ríos caudalosos y mares de religión y letras que con la abundancia de su virtud y ciencias han fertilizado el uno y el otro mundo, ganando victorias señaladas en el nuevo contra los idolatras, sujetándolos al imperio dulce de la Iglesia, y en el viejo contrastando monstruos de heregías y doctrinas nuevas.¹⁵⁰

En cambio, de otros colegios, como S. Bartolomé, Fonseca, destacó su contribución en la formación de grandes prelados y jurisconsultos.

Pedro Chacón, al que citó frecuentemente, había contado la historia de la Universidad y González Dávila quiso completar su trabajo desde una premisa: la universidad de Salamanca era la heredera de la grandeza de la antigua Roma, del imperio de Oriente, de donde colgaban “los mil escudos de los fuertes de Israel”, mientras “Justiniano sentado en su trono imperial establece leyes y juzgando gravísimas causas, da a cada uno lo que le pertenece y toca”. Aquí viven las doce tablas perfectamente vivas. A diferencia de otros autores eclesiásticos del período, González Dávila no rechazaba el humanismo, pero si marcaba diferencias con los

“príncipes de la filosofía de Grecia, que con sus opiniones escurecieron los passos de la virtud y la verdad”. Salamanca “no es escuela de filosofos vanos, sino de maestros cristianos que abrieron alumbrados de otro mejor espíritu a la verdadera puerta, plantándola en las regiones más apartadas del mundo” (...), “el verdadero Apolo es nuestra virtud, cuyas verdades infalibles (no intrincadas como aquellas) siguen no una nación, sino las naciones todas” y sus doctores son los “muros de la Iglesia, columnas de la verdad, luzes del mundo, guardas de la fe, tesoro de la religión christiana y armas contra los enemigos de la Iglesia”.¹⁵¹

Al igual que muchos catedráticos y maestros de Salamanca, González Dávila se sintió depositario del mundo grecorromano y, sobre todo, de una tradición teológica y de saberes de siglos de trabajo de los “doctores”, que habían superado el saber del mundo clásico. No había sido tarea de individuos escogidos, sino esfuerzo de muchos catedráticos que, como colectivo, habían convertido a la Atenas salmantina en “maestra de las ciencias”. Por eso, “toda España la respeta y reverencia tanto que a ella sola acude a pedir

¹⁵⁰ *Historia de las antigüedades*, p. 207.

¹⁵¹ *Ibidem*, pp. 179-180.

leyes, consejos y derechos para bien vivir y gobernar, sacando de aquí hombres para el gobierno de sus reynos de la monarquía”, como había hecho Alfonso X pidiéndoles confeccionar *Las Partidas*.¹⁵²

En el pasado, decía González Dávila, la universidad de Salamanca había tenido 14.000 estudiantes, ahora la proliferación de universidades había hecho descender su número a 6.000.¹⁵³ pero de sus aulas seguían saliendo los mejores, los que llegaban a las más altas responsabilidades y para ilustrarlo dio múltiples ejemplos de personajes formados en Salamanca. Mención particular hizo del papel de la universidad en la formación de los predicadores que estaban evangelizando y creando nuevas universidades en América, pero prestó poca atención al papel de los salmantenses en la lucha contra los luteranos. Es evidente, González Dávila estuvo alejado del combate antiluterano de Baronio en sus *Annales Ecclesiastici*, pero también de los modelos tomistas prevalecientes en Salamanca. No parece casual que entre sus grandes catedráticos no mencionase a los autores más reconocidos de la Escuela de Salamanca, ni aludiese a la labor de Soto y Cano en Trento, ni al trabajo de los miembros de la Escuela en las cátedras de prima y vísperas de teología. González Dávila se había formado en lecturas ajenas a las que enseñanzas de la universidad salmantina y, aunque reconocía y ensalzaba sus grandes aportaciones, había elementos que prefería ignorar.

La amplia descripción que González Dávila realizó de la universidad, de su universo académico y religioso tuvo importantes implicaciones. ¿Cómo seguir definiendo a los toledanos por su inclinación al conocimiento y esta ciudad como lugar preeminente en la creación científica?¹⁵⁴ Tras la difusión de *Antigüedades* fue muy difícil competir con Salamanca como centro universitario y del saber en España y su monarquía.

ÓRDENES RELIGIOSAS, RENOVACIÓN ESPIRITUAL Y SANTIDAD URBANA

A diferencia de otras obras de estos años, en *Antigüedades* la historia la protagonizaban los hombres y, por mucho que la providencia actuase y se expresase con prodigios, su intervención pocas veces interfirió en el quehacer de las gentes de la ciudad. Por distintos motivos, González Dávila resaltó el papel de los colegios de dominicos y agustinos. Del primero, el de San Esteban, resaltó su labor de formación de los evangelizadores en el “nuevo-mundo”, educando generaciones de predicadores que habían fundado “casas” de esta religión siguiendo el patrón de Domingo de Betanzos en México, “con la mayor pobreza y obediencia que pudo, qué de la obediencia y po-

¹⁵² *Ibidem*, pp. 175, 180, 182, 192.

¹⁵³ *Ibidem*, p. 190.

¹⁵⁴ R. López Vela, “Historiografía y ciudad”, pp. 180ss.

breza, decía, nacen grandes efectos para el bien de las almas y conversión de aquellos gentiles”.¹⁵⁵ Es cierto que alabó la claridad de las “letras” de los dominicos en otros pasajes, pero cuando habló de su labor en América, lo más importante fue la obediencia a sus superiores o al mismo rey al aceptar prelacías indeseadas. Solo con pobreza y obediencia se podía acometer una tarea evangelizadora tan formidable. A través de Betanzos, Pedro Delgado, Andrés de Moguer y otros destacó el rigor de estos “santos” en la práctica de la pobreza, la austeridad, humildad, caridad, silencio y otras cualidades necesarias en la vida religiosa. Para González Dávila la obediencia a preladados y superiores por parte de los dominicos fue el ejemplo de comportamiento que los eclesiásticos debía observar en la ciudad.

González Dávila no siguió el camino de Pisa, Lobera y Ariz, convirtiendo en protagonista de su obra a uno o varios santos patronos de la ciudad o diócesis.¹⁵⁶ A pesar de ser una ciudad de fundación antigua, Salamanca no había “guardado” memoria de sus muchos mártires de época romana ni musulmana, pero en 1602 había proclamado patrono a S. Juan de Sahagún, recientemente beatificado, aunque su canonización tardaría cerca de noventa años.¹⁵⁷

A González Dávila le interesaron particularmente los ejemplos de santidad vivos o de los que se guardaba memoria. Las vidas santas que trató correspondieron a religiosos o religiosas de conventos de la ciudad, cuyo recuerdo se mantenía vivo a través de la transmisión oral. Solo contaban con el reconocimiento de sus comunidades y eran un modelo de santidad cotidiano y accesible a los fieles. No obstante, llegar a este grado de perfección no estaba al alcance de los seculares. Los protagonistas fueron religiosos, casi siempre de conventos de la ciudad. González Dávila procuró proporcionar a cada convento un santo cuya vida podían imitar los religiosos de él. Esto es lo que hizo con el convento de Santa Ana “gloriense las hijas desta casa, serles la santidad y buen exemplo de vida muy suya, pues la herencia es tan antigua en ella”.¹⁵⁸ Una ciudad que pugnaba por hacer santo a Sahagún, dio a González Dávila un mayor margen de libertad para plantear un modelo de santidad propio, al tiempo que fijaba por escrito los muchos méritos de santidad que circulaban de forma dispersa por la ciudad.

Para González Dávila, las singulares condiciones de Salamanca, resultado de la combinación entre ciudad y la republica de sabios, creaban un marco

¹⁵⁵ *Historia de las antigüedades*, p. 214.

¹⁵⁶ J. J. García Bernal, “Madre de santos: Biografía, historia y fiestas en la formación del patronazgo cívico castellano (siglos XVI-XVII), *Erebea. Revista de Humanidades y ciencias sociales*, (2011), 315-356; J. I. Gómez Zorraquino, “Los santos patronos y la identidad de las comunidades locales”, *Revista Jerónimo Zurita*, 85, 2010, pp. 39-74; E. Serrano Martín, “Santidad y patronazgo en el mundo hispánico de la Edad Moderna”, *Studia Histórica. Edad Moderna*, 40 (2018), pp. 75-123.

¹⁵⁷ A. Antolínez, *Vida de San Juan de Sahagún*, Salamanca 1605.

¹⁵⁸ *Historia de las antigüedades*, p. 73.

ideal para la vida espiritual, permitiendo florecer a los religiosos empañados en alcanzar la santidad en la soledad de su celda o en su trabajo pastoral. Los conventos de Salamanca eran en un vivero de vidas entregadas a la santidad. Esto es lo que mostró a través de las muchas hagiografías que intercaló en la obra, como la de María Suárez, fallecida en 1564. Había sido una mujer casada que quiso llevar una vida recogida y convenció a su marido “mundano” para ingresar en la orden de S. Francisco, mientras ella lo hacía en el convento de Santa Clara. Allí comía legumbres, bebía agua con azíbar, vestía con traje muy pobre, caminaba descalza y dormía sobre tabla, “sin dexas jamás el cilicio”. Pese a sus constantes enfermedades mantuvo la abstinencia y disciplinas. Dedicada a la oración, “con ella alcanço del enemigo grandes victorias” y tuvo muchas revelaciones, como conocer el día de su muerte.¹⁵⁹ Por supuesto, esta religiosa murió siendo considerada santa por su entorno, pero no por ella misma, cosa habitual en *Antigüedades*.

Lejos de presentar el ideal de santidad como propio de una edad de oro inalcanzable, González Dávila se esforzó en explicarlo como algo intimista y accesible. Se trataba de llevar una vida de ascetismo y espiritualidad, mortificando el cuerpo, rechazando cualquier honor, practicando la caridad, orando y estudiando las cosas sagradas. Los que lo hacían recibían constantes visitas, revelaciones celestiales o hacían milagros, actuando como mediadores entre Dios y la ciudad. González Dávila no pretendió proponer nuevos candidatos a la canonización, sino presentar a personas desconocidas fuera de sus conventos, que los predicadores y eclesiásticos debían utilizar como ejemplos recientes dignos de emulación. Se trataba de incitar a los salmantinos a un esfuerzo de perfección y renovación espiritual cotidiana.

Particular empeño puso en dirigir las energías a los sectores más inclinados a la devoción, como letrados, “sabios”, nobles y, sobre todo, las mujeres de este grupo. La búsqueda de la santidad por personajes de estos sectores fue un intento de cohesionarlos y de vincular su conciencia a los religiosos. Sorprende que no haya en la obra prácticamente alusiones a negociantes o sectores acomodados de la ciudad. Lo importante para González Dávila era conseguir un funcionamiento de la Iglesia basado en la obediencia al prelado, que sirviese para cohesionar a las élites urbanas en torno a su autoridad. El modelo de *Antigüedades* fue elitista y aristocrático, reduciendo a los ciudadanos a “rebaño” dirigido a través del ejemplo y la incitación a la santidad. Es cierto que en la obra hubo muchas referencias al trabajo de predicación en América, pero pocas a esta tarea en el ámbito salmantino. Tampoco puso empeño en fomentar el cumplimiento de los ritos en que tanto énfasis puso Trento.

La santidad que presentó González Dávila tuvo un sesgo espiritual y se movió en los ideales tridentinos para la reforma conventual, en cuya aplica-

¹⁵⁹ *Ibidem*, p. 204.

ción tanto insistió Felipe II.¹⁶⁰ En *Antigüedades* hubo hagiografías que recogían los ideales de las corrientes conventuales, otras más cercanas a las corrientes observantes y otras muchas compatibles con la espiritualidad descalza.¹⁶¹ Más que proponer un modelo único de santidad, González Dávila procuró integrar a todas las órdenes y sensibilidades en su propuesta, ateniéndose a los patrones que estaban imponiéndose desde la Congregación de Ritos.¹⁶² En este diseño apenas mencionó a los jesuitas.

Entre las hagiografías de *Antigüedades* sobresale la del agustino Juan de Sahagún (1430-1479), mucho más detallada y con intención de convertir a Sahagún en el centro de la obra, en su calidad de patrono de ella. Posiblemente, mientras escribió la obra, se sintiese cercano a la espiritualidad de los agustinos recoletos, con cuyo rigor estaba identificado el convento de la orden en Salamanca, un convento singular que años antes había tenido simpatías comuneras.¹⁶³ En el espacio de poco más de un siglo, en él vivieron tres frailes canonizados, Sahagún, Fray Tomás de Villanueva y Alonso de Orozco.¹⁶⁴ De ellos habló extensamente González Dávila, particularmente del “santo” Orozco, que había fallecido recientemente en Madrid, donde residía desde 1561. Sorprende el énfasis en este “santo” cuando sus procedimientos de beatificación se iniciaron en 1618.¹⁶⁵ Seguramente, González

¹⁶⁰ J. García Oro—M^a. J. Portela Silva, “Felipe II y las iglesias de Castilla a la hora de la reforma tridentina. Preguntas y respuestas sobre la vida religiosa castellana”, *Cuadernos de Historia Moderna* 20 (1998), pp. 9-32; J. L. González Novalín, “La reforma y las corrientes espirituales de la Iglesia española” en *Historia general de España y América*, Madrid, Rialp, vol. VI, 1986, pp. 335-410; I. Fernández Terricabras, “Lo estatuido en el dicho concilio Tridentino no es remedio bastante”: Diferentes modelos de reforma de las órdenes religiosas en tiempos de Felipe II”, en J. B. Amores Carredano, *Religión, herejías y revueltas sociales en Europa y América*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 2008, pp. 117-140.

¹⁶¹ E. Martínez Vega, “Modernidad de la descalcez franciscana en tiempos de reformas y rupturas”, *Cuadernos de Historia Moderna*, 43 (2018), pp. 425-444; “Formas de vida del clero regular en la época de la contrarreforma: los franciscanos descalzaos a la luz de la legislación provincial”, *Cuadernos de Historia Moderna*, 125-187; C. Bejarano Pellicer, “La perfecta mercedaria: discurso histórico de la ejemplaridad barroca en la obra de Fray Francisco de Ledesma”, *Erasmio. Revista de Historia Bajomedieval y Moderna* (2017), pp. 39-62.

¹⁶² M. Gotor, *I Beati del Papa. Santità, Inquisizione obbedienza in età moderna*, Firenze, Olschki, 2002, 171ss.

¹⁶³ T. Herrera, *Historia del convento de S. Agustín de Salamanca*, Madrid, Gregorio Rodríguez, 1652, pp. 404ss; J. Martínez Millán, “El movimiento descalzo en las órdenes religiosas”, en J. Martínez Millán—M. A. Visceglia, *La monarquía de Felipe III*, pp. 104-107; A. Martínez Cuesta, “Reforma y anhelos de mayor perfección en el origen de la recolección agustiniana”, *Recolletio* 11 (1988), pp. 81-112; M. F. Gómez Vozmediano, “La república de los frailes ante las comunidades: los agustinos de Toledo”, en I. Szászdi León-Borja—D. J. Vicente Blanco, *El nacimiento del republicanismo español. Los comuneros frente a la monarquía imperial*, Valladolid, Editorial Páramo, 2023, pp. 145-201.

¹⁶⁴ T. Cámara, *Vida del beato Alonso de Orozco*, Madrid 1882; C. Burón, *El santo de S. Felipe. Vida del beato Alonso de Orozco*, Madrid 1981.

¹⁶⁵ *Historia de las antigüedades*, pp. 288-309.

Dávila encontró en la obra de Orozco su mayor fuente de inspiración espiritual. Años antes, Baronio había mostrado Roma cierta sintonía con los carmelitas descalzos.¹⁶⁶ También habló de la labor de los agustinos Pedro de Aragón y Fray Luis de León, insignes catedráticos de Salamanca, destacando sus escritos sobre la *Secunda Secundae* de Santo Tomás,¹⁶⁷ algo llamativo cuando previamente no había mencionado a Francisco de Vitoria, Domingo de Soto o Melchor Cano, autores que habían gozado y gozaban de un predicamento muy superior en la materia.

En 1603 Armendáriz y en 1605 Antolínez habían publicado obras recogiendo y ampliando la información sobre Sahagún, convirtiéndole en un adalid de la descalcez agustiniana.¹⁶⁸ Un año después, en paralelo a la publicación de *Antigüedades*, Gonzalez Dávila publicó un opúsculo sobre Sahagún en el que recogía el capítulo del libro dedicado al santo. Tras su beatificación, los esfuerzos se centraban en su canonización.¹⁶⁹ En esa perspectiva se inscribió la obra de Antolínez y habría que incluir también la obra de González Dávila, que pretendía que los salmantinos,

“conociendo la obligación grande que le tienen”, mantuviesen su devoción en los siglos venideros a Sahagún, por ser “piedra viva de aquella Ciudad de Dios y protector desta nuestra, que nació vivió y obró para bien de ella, cuya vida transitó y hazen ilustre la vida deste prelado”.¹⁷⁰

Con datos biográficos precisos, trazó la semblanza de Sahagún resaltando su intervención en el control de los bandos de la ciudad y mostrando el valor cristiano “que da la palabra evangélica”. Por eso, no quiso absolver a ningún pecador que primero no mostrase arrepentimiento, ni a ninguna mujer “que se afeytasse”.

De entre las cualidades ejemplares del santo, González Dávila destacó su permanente obediencia a sus superiores, una garantía de acierto para una personalidad de gran rigorismo y fuerte acento espiritual y antiseñorial. Repetía lo que habían dicho las hagiografías sobre Sahagún desde que apareciese en 1496 la de Fray Juan de Sevilla, hablando de sus enfrentamientos con el duque de Alva y otros nobles.¹⁷¹ No “quería absolver a ningún caballero” que participase en los bandos, que “eran parte del infierno”. En sus predicaciones ante D. García de Toledo, denunció a los nobles

¹⁶⁶ E. Marchetti, “Baronio promotore della riforma del Carmelo Scalzo”, en *Baronio e le sue fonti*, pp. 767-789.

¹⁶⁷ *Ibidem*, p. 290.

¹⁶⁸ J. de Armendáriz, *Patrón Salmantino*, Salamanca, 1603 (Barcelona, 1622, Roma, 1611 y 1645), A. Antolínez, *Vida de San Juan de Sahagún*, Salamanca 1605.

¹⁶⁹ G. González Dávila, *Vida del gloriosísimo patrón de esta ciudad de Salamanca, San Juan de Sahagún de la orden de San Agustín*, Salamanca, 1606.

¹⁷⁰ *Historia de las antigüedades*, p. 373.

¹⁷¹ Está incluida en T. Herrera, *Historia del convento*, pp. 56ss.

diziendo contra los señores que tenían vasallos, del modo que les molestaban con empréstitos, imposiciones y servicios, cosa que no se podía ni sustentar ni sufrir, y que eran causa de que los bandos estuviessen en píce, dando amparo a gente suelta y de mala vida.¹⁷²

El señor preparó una emboscada para matar a Sahagún, pero la intervención divina lo impidió mientras García de Toledo caía gravemente enfermo. La intervención del santo curó al señor que, junto a sus caballeros, se comprometió a llevar vida cristiana y alejada de banderías. Algo semejante pasó también en la villa de Ledesma y en otros lugares. En *Antigüedades*, Sahagún fue todo un ejemplo de religioso capaz de enfrentarse a los nobles para defender a los afligidos para mantener la paz en la ciudad.¹⁷³

Los milagros de Sahagún habían sido numerosos, tras su muerte, haciendo “cosecha de sus ayunos, oraciones, vigiliass y buenas obras”, desde “aquella ciudad dichosa” que era el cielo, había salvado vidas, curado enfermos y actuado de otras muchas maneras en favor de Salamanca y sus habitantes. Fue “notable el sentimiento que con su muerte hizo Salamanca (como hija que quedava huérfana y sin padre)”. La devoción del pueblo era tanta, que no se le pudo enterrar hasta pasados varios días y “muchos le cortaron parte de los hábitos”. Tras una descripción del sepulcro y del altar que tenía dedicado en el convento de San Agustín, González Dávila transcribió el epitafio que le habían encargado para figurar en su tumba, señalando que “todo Salamanca le tiene por su patrón”.¹⁷⁴

En *Antigüedades*, la vida y “trabajos” de Sahagún sintetizaron el modelo de santidad urbana del autor y constituía un “espejo” de santidad para los autores que interviniesen en la nueva historia de España que González Dávila estaba proponiendo a Felipe III, escribiendo la historia de los prelados de cada diócesis y de las ciudades que les servían de sede. Dentro en esta historia de España, González Dávila señaló los rasgos que identificaban a Salamanca como “republica de sabios” y de ciudadanos obedientes y entregados a la renovación espiritual.

En 1690 Alejandro VIII elevó a Sahagún a la santidad, aunque la bula fue publicada un año después por Inocencio XII y entonces el nuevo santo tuvo escaso influjo en otras ciudades castellanas.¹⁷⁵ La propuesta de santidad de González Dávila con Sahagún y el resto de las hagiografías, tuvieron un alto grado de elaboración, pero no fue el modelo predominante en la España del siglo XVII.¹⁷⁶ Quizá, su propuesta pudo estar más cercana a mo-

¹⁷² *Historia de las antigüedades*, pp. 384-386.

¹⁷³ F. Baños Vallejo, *Las vidas de santos en la literatura medieval española*, Madrid, 2003, pp. 99-102.

¹⁷⁴ *Historia de las antigüedades*, pp. 396-399.

¹⁷⁵ C. Vincent-Cassy, “Un triunfo precario. Las fiestas de 1691 en honor a san Juan de Dios y cuatro santos en el ocaso de la Monarquía austriaca”, *Tiempos Modernos*, 46 (2023), pp. 329-346.

¹⁷⁶ J. I. Gómez Zorraquino, “Los santos patronos”, p. 45.

delos contemporáneos de ciudades italianas bajo dominio español, como fue el caso de Nápoles.¹⁷⁷

CONCLUSIONES

Sin refutar a los autores clásicos, González Dávila ofreció una elaborada corografía urbana, que recogió los problemas de humanistas y aristotélicos, creando un modelo propio y alternativo que facilitó pensar la ciudad desde una perspectiva contrarreformista ajena al tomismo. Pisa, Lobera, Ariz y otros, expresaron igualmente el cambio que se estaba dando en las visiones sobre el pasado urbano, pero González Dávila fue el más sólido y uno de los más influyentes. Convirtió a Salamanca en “espejo” de ciudad católica. Gracias a su universidad, era una “república de sabios” con dimensión universal por el trabajo de sus teólogos defendiendo la fe, de sus juristas haciendo leyes y de sus catedráticos formando los evangelizadores de América. Por eso era la ciudad más universal de la monarquía española, con capacidad para ser modelo de otras, como las ciudades italianas lo habían sido antes.

Historiográficamente, el trabajo de González Dávila se situaba en la órbita de Morales y de Baronio, con metodología novedosa basada en documentos y pruebas más tangibles que esos “anticuados” humanistas. La contrarreforma había introducido cambios en los problemas y objetivos de los historiadores y González Dávila fue uno de los que más se empeñó en desarrollarlos. Se había construido intelectualmente en Roma y tenía cierto paralelismo con autores italianos, pero estaba identificado con Castilla y su monarquía. Aprovechó el espacio creado por Baronio para la historia eclesiástica y creó su visión sobre Salamanca integrándola en la historia de la Iglesia y la de sus obispos. *Antigüedades* formaba parte de un proyecto de historia de la monarquía basado en la historia de los prelados, Iglesias y ciudades. En él, los ciudadanos se convertían en fieles, siendo el prelado y los eclesiásticos los mayores responsables de mantener el orden social y la obediencia de una ciudad gobernada por la aristocracia, propensa a guerras de bandos y revueltas del “vulgo”. Solo la potestad indirecta de prelados y eclesiásticos aseguraba la paz y su integración en el cuerpo místico de la Iglesia.

La santidad ocupó un papel central en *Antigüedades* y estuvo ligada a la sensibilidad descalza de González Dávila, próxima a los agustinos. La devoción a Sahagún, poco antes beatificado y declarado patrono de Salamanca, debía ser el elemento aglutinador del conjunto de la ciudad. Se trataba de un

¹⁷⁷ G. Sodano, *Modelli e selezione del Santo Moderno. Periferia napoletana e centro romano*, Napoli, Liguori Editore, 2002, pp. 105ss; J.-M. Sallmann, *Santi Borrocchi. Modelli de santità pratiche devozionali e comportamenti religiosi nel regno di Napoli dal 1540 al 1750*, Argo, Lecce, 1996, pp. 334ss.

“santo” de características antiseñoriales, capaz de inducir a los nobles a acabar con banderías y atropellos para establecer la paz. Dirigiéndose a los grupos aristocráticos, a sus sectores femeninos, y, sobre todo, a los religiosos y religiosas, formuló un modelo de santidad accesible y cotidiano, próximo a las corrientes observantes y descalzas. Este era el máximo grado de perfección en la sociedad urbana, un ejemplo vivo para la ciudad, a la vez que de constante renovación espiritual y de intermediación entre la divinidad y la ciudad. Con estos elementos Salamanca quedó definida por ser ciudad aristocrática, “república de sabios” y de ciudadanos entregados a la perfección espiritual.

